

Para un amigo setentrional, un
regalo de segunda mano, y un abrazo
RICARDO LUCIANO MOLINAS *ca*
—

27.VIII.2011

M^{mo} - L Beck Bernard.

LA ESTANCIA DE SANTA ROSA

entre 1850 y 1860

del Choco

M^{me} L. BECK-BERNARD

La
Estancia de Santa Rosa

Novela de Costumbres Argentinas



BUENOS AIRES
—
BIBLIOTECA SELECTA AMERICANA
CALLE DEMARIA 468
—
1914

AL LECTOR



El presente libro reúne los encantos de las obras de ficción, al interés intenso y provechoso de los escritos que nos recuerdan momentos pasados, pero inolvidables, de nuestra historia social y política y son como documentos vivos de lo que hicieron, pensaron, sintieron y sufrieron nuestros antepasados y de cómo prepararon el actual estado de cosas.

¿Es ésta, pues, una novela? ¿Es un documento histórico?

El discreto lector lo dirá después de recorrer sus páginas.

No es nuestro ánimo hacer un juicio crítico de la obra, pero sí diremos que las escenas de la vida argentina que aquí se describen reflejan impresiones, perfectamente definidas, del ambiente social de la época.

El relato de la conmovedora leyenda que constituye el fondo del argumento reúne tantas circunstancias de verosimilitud y de vida palpitante, que bien podría ser el reflejo de alguno de esos dramas sombríos y pasionales que se desarrollaban otrora en el escenario incomparable de las pampas argentinas.

La novela se refiere á uno de los períodos más culminantes de la historia argentina: al comprendido entre los años 1860 y 1870, es decir, á aquellos en que se inició la actual organización de la República Argentina, recién salida de las grandes convulsiones producidas por el derrocamiento de Rosas y por las luchas entre Buenos Aires y las Provincias, encarnadas en dos hombres geniales: Mitre y Urquiza.

Aquí se verá cómo se desarrollaba entonces la vida íntima en nuestras campañas; aquí se sentirá cómo las

grandes luchas políticas repercutían en la vida retirada de los hogares.

Creemos, también, que agrada recordará añejas costumbres criollas que van desapareciendo ante el cosmopolitismo invasor, y que nuestra sociedad actual gustará recordar las costumbres patriarcales de nuestros abuelos.

Y ahora, — refiriéndonos á nuestra Biblioteca, — ¿podemos esperar que nos seguirá asistiendo el favor del público en esta nuestra tentativa de publicar las obras de autores nacionales, americanos ó extranjeros que representen lo más interesante de lo que se ha escrito, ó que se escriba, en nuestro continente ó acerca de él?

Así lo esperamos. Por de pronto, nos dá ánimo este antecedente: que nunca, entre nosotros, ha caído en el vacío una iniciativa verdaderamente inspirada en un ideal de progreso y de ilustración sana y elevada.

Y esta nuestra iniciativa no tiene otro ideal.

LOS EDITORES.

LA ESTANCIA DE SANTA ROSA



I

Vivía, algunos años ha, en Londres, un inglés llamado sir Henry Williams, que permaneció célibe, para poder dedicarse á la vida de estudios y de viajes que amaba. Era bueno, original, instruído y poseía esa salud de hierro que es ingénita en los hijos de la rubia Albión.

Después de haber recorrido la Europa en todas direcciones, deseó visitar el Oriente, y comenzó por Egipto, donde tuvo decepciones. En el Cairo se le aconsejó arreglarse con un

drogmann, por ser la manera más segura y más cómoda, según se le decía, de viajar por aquellos parajes. Entendióse, pues, sir Henry, con un personaje, el cual, mediante una formidable suma de guineas, se encargó de hacerle viajar durante un año por todo el Oriente.

Varios camellos cargados de toda clase de mercaderías y una regia escolta de árabes mandados por un *scheik*, se pusieron á las órdenes de sir Henry. Un cocinero italiano, un marmitón alemán, domésticos ingleses y franceses, unos *mokres* árabes, completaban la caravana. Hacíase alto dos veces al día. Se descargaba de los camellos todo lo necesario para establecer el campamento: y al apearse sir Henry se encontraba, como por ensalmo, con una tienda, cuyos diversos compartimentos eran: un saloncito, una alcoba y un gabinete de *toilette*, adornados con tapices, almohadones y cortinados, con sus correspondientes mesas, sillas de brazos y divanes. Los hornillos para la cocina y las provisiones de todo género, transportados por los camellos, se desempaquetaban en el desierto y

un *maitre d'hotel*, con su servilleta bajo el brazo, invitaba gravemente á sir Henry á desayunos y almuerzos servidos con todas las formas del ceremonial debido. Al cabo de unos días de esta vida, comenzó nuestro viajero á envidiar profunda y sinceramente á los árabes de su escolta, cuya pitanza consistía en galletas de maíz mal amasadas y cocidas en hoyos excavados en la arena. En Egipto, sir Henry hizo, sobre la pata de la esfinge, un desayuno de "terrines de foie gras" y vino champagne, que absorbió con el sentimiento de quedar debiendo excusas á los manes de todos los Ramses y de todos los Tolomeos habidos y por haber.

Tebas, Balbec, Palmira, donde siempre se sintió molestado por el mismo *confort*, perdieron á sus ojos todo el encanto de las ruinas, toda la poesía de los grandes recuerdos. Sir Henry volvió á su hogar profundamente persuadido de que, para viajar agradablemente, es menester confundirse por completo con el color local del país mismo, y renunciar á toda tradición extraña.

Comunicó un día sus pesares y sus decepciones á uno de sus amigos, teniente de fragata de la marina real.

—Yo conozco un país — le contestó éste — en el cual no le fastidiará á usted el exceso de *confort*, y en el que hallará la vida primitiva con todas sus privaciones y todos sus peligros, pero también con toda su grandeza melancólica y su poesía salvaje. Parta usted para el Brasil, costee la América hasta la embocadura del Río de la Plata; remonte este río inmenso un centenar de leguas, é intérnese por las Pampas, sin límites, que se extienden al Noroeste, hasta los pies de las Cordilleras. Garantízole que hallará usted, en cuanto á la vida primitiva y salvaje, todo lo que pueda desear.

Días después de esta conversación, sir Henry partía "solo", por ser su *valei de chambre* un personaje delicado que necesitaba mucho más *confort* que su amo. Sir Henry, no obstante su gran deseo de llegar, quiso disfrutar de las estaciones de la ruta. Volvió á ver Lisboa, la entrada majestuosa del Tajo, las almenas del castillo morisco de Belem, verdadera página

de poesía árabe que se alza entre el azul del cielo y el azul de las olas. En Tenerife, el tiempo magnífico le permitió ver desde la base á la cima, una de las más majestuosas montañas del mundo, con la frente entre nieves y los pies en un verdor admirable. San Vicente y sus picos abruptos parecieronle una escoria de color rojo incandescente lanzada por un volcán al seno de un mar de esmeralda. Vió los esplendores admirables de la Bahía de Río, y, por fin, después de 33 días de navegación, se encontró en la embocadura de un río inmenso, ancho cerca de cien leguas. Visitó Montevideo, de aire oriental, como la República de la que es capital; luego, surcando el río hasta donde tiene aún 40 leguas de ancho, el vapor que llevaba á sir Henry entró en el puerto de Buenos Aires. Esta hermosa y grande ciudad pareció á nuestro viajero demasiado europea. Sus teatros, sus suntuosos edificios, el lujo de los tocados, de los carruajes, los palacios italianos de las avenidas, las espléndidas "villas" de las afueras de la ciudad, todo le recordaba aquéllo que ya ha-

bía visto en otras partes. Nada admiró, excepto la belleza poco común de las damas porteñas.

Las personas á quienes había sido dirigido sir Henry aconsejaronle, para satisfacer mejor sus gustos de aventuras, que no remontara el río sobre los grandes *steamers* del Paraguay, sino que eligiera las goletas genovesas que hacen la navegación del río. Embarcóse, pues, en el pequeño barco á velas, la *Joven Baldomera*, capitán don Gaetano Peretti. Halló una tripulación compuesta de esos bravos marinos italianos que dejan su hermosa patria para ir á ganarse, al cabo de diez ó quince años de ruda labor en el continente americano, el derecho de descansar en su vejez: gente excelente, alegres como niños, sobrios, honrados, valientes, y que se conquistan fácilmente con una palabra benévola ó con una muestra de simpatía.

La *Joven Baldomera*, hermosa goleta recién pintada, limpia y coqueta, balanceábase graciosamente sobre sus anclas. Estaba en la rada exterior cuando sir Henry se embarcó hacia las tres postmeridianas. Don Gaetano le

recibió sobre el puente é instaló su exiguo equipaje en la única cabina del navío. Había cerca del palo mayor una pequeña cocina en la que se freía, en una cacerola de acero, muy aseada, la carbonada criolla, mezcla de carne de vaca y de carnero, aderezada con arroz, tomates y especias. Cuartos de carne se oreaban suspendidos en la proa. Por el lado de popa, en una especie de armario, don Gaetano mostró á sir Henry unas damajuanas de vino carlón, naranjas, pastas alimenticias de Génova, pasas y nueces de Mendoza, sabrosas legumbres y manzanas de Montevideo, ajíes rojos como el coral, tomates, aceitunas, y esas miles pequeñas hierbas odoríferas que aromatizan la cocina de las gentes del mediodía. El tiempo era perfectamente tranquilo. El Río de la Plata, inmenso como el mar, confundía sus líneas con las del horizonte. Don Gaetano esperaba el viento, que en esos parajes suele soplar por lo común hacia la tarde, para levantar anclas y tratar de llegar á una de las cuatro embocaduras del Paraná. A eso de las cinco, levantóse, en efecto, la brisa,

pero con una violencia tal, que el capitán juzgó prudente no partir. El río, trabajado por un viento suroeste, hinchábase en olas enormes que se estrellaban con furia contra las costas cuyos contornos distinguió apenas en el horizonte. La goleta bailaba sobre sus anclas y parecía, en medio de la tormenta, como una hoja de árbol hecha juguete del huracán; pero, con sus mástiles calados, sus velas arriadas, su capitán con el ojo en la brújula y sus marineros listos para la maniobra, la *Joven Baldomera* estaba lejos de hacer un papel desairado. Sin embargo, el huracán no alojaba. Aun cuando el sol no se había puesto todavía, espesas tinieblas envolvían el vasto estuario; un solo punto permanecía claro en el cielo y difundía una luz pálida que permitía ver los objetos como al través de un velo gris. Las nubes semejaban inmensos bloques profundamente agrietados de cuyas hendiduras salieran imponentes llamas. El silbido del viento, el ruido incesante del trueno, el choque sordo de las olas, formaban una de esas armonías salvajes y grandiosas que únicamente

la naturaleza sabe componer. De vez en cuando se distinguían entre el oleaje y el cielo algunos puntos blancos que se balanceaban y que tan pronto se les veía en alto como se ocultaban á la vista del observador: eran pequeñas embarcaciones sorprendidas por el huracán que intentaban, como pobres avecillas espantadas, ganar el puerto ó refugiarse en alguna ensenada entre las islas. El capitán Peretti las señaló con el dedo á sir Henry.

—Con semejante tiempo, dijo, y con viento suroeste, la vecindad de la costa es peligrosa; es preferible quedar al largo. Tenemos tres buenas anclas, y, aunque bailemos un poco, no creo que corramos el menor peligro.

De repente se apaciguó el viento por algunos segundos, las olas se movían sin levantarse, agitándose bajo una presión invisible, un relámpago tan ancho como el río iluminó todo el contorno con una luz azulada, unos estallidos espantosos se hicieron oír, y el rayo, semejante á cascadas de fuego precipitadas desde la bóveda del cielo, cayó sobre cinco ó seis puntos á la vez. Casi en el mismo instante, un

fortísimo viento barrió las nubes y las llevó lejos, con una especie de furia; el azul del firmamento volvió á aparecer puro y brillante, y sin que hubiese arco iris, el horizonte, las islas, la goleta, aparecieron como bañados en los colores del prisma. Este mágico cambio repentino, fenómeno que no es nada raro en tales parajes, asombró á sir Henry.

Una hora después, la *Joven Baldomera* levaba anclas y á todo trapo se deslizaba gallardamente sobre las olas apaciguadas. Por la noche se sosegó el viento y se detuvieron cerca de una isla, en la embocadura del Paraná de las Palmas. La luna salió despejada, transformando el inmenso río en un espejo plateado, en el que los esplendores del firmamento se reflejaban con deleitable brillo. La atmósfera era tan límpida que se distinguían á lo lejos los menores objetos. La isla cerca de la cual hallábase detenida la goleta, presentaba un aspecto de un encanto extraño. La crubaza un pequeño arroyo, cuyas aguas tranquilas desaparecían de trecho en trecho bajo unas bóveda de lianas y de flores. Sauces,

mangles, azaleas, inmensos cactus, bambús, naranjos silvestres, diseminados por grupos ó reunidos en frondosas arboledas, disminuían con su sombra la claridad que inundaba la isla. Acá y acullá, un rayo de luna, penetrando por entre el follaje, daba un resplandor misterioso á algunas plantas de flores purpúreas ó violetas, que la brisa agitaba dulcemente. Los marineros, envueltos en sus mantas, dormían sobre el puente del barco. Sir Henry bajó al bote acompañado por el capitán don Gaetano y comenzaron á orillar las costas encantadoras de las pequeñas islas. El silencio era solemne; solo se oía á lo lejos el eco del rumor cadencioso de los remos cortando el agua tranquila. Sir Henry, muy apasionado por las flores, vió algunos ejemplares magníficos y acercando el bote á la tierra, aprestábase á hacer amplia cosecha.

—¿Tiene usted su revólver? preguntóle Gaetano.

—Sí, pero, ¿á qué viene la pregunta? ¿Teme usted á los piratas costeros? dijo sonriendo sir Henry.

—Eso no, pero sí á los jaguares.

Por la noche, en tiempos claros como éste, acechan en las matas los grandes dorados del Paraná que la luz atrae á flor de agua ó que vienen á depositar sus huevos en las hierbas flotantes de la orilla.

Aun no había concluido de hablar don Gaetano cuando un enorme cuerpo negro, pasando como una sombra por encima de sus cabezas, dió al bote tan fuerte sacudida que lo hizo peligrar, sumergiéndose luego en la onda á pocos pasos de allí.

—¡Tire! gritó Gaetano.

Sir Henry apuntó con destreza y sangre fría. En el mismo momento, un ruido ronco y estridente se hizo oír. El animal, herido en el pulmón, teñía el agua alrededor suyo y se revolvía con las convulsiones de la agonía. Véase sobrenadar ya su ancho pecho blanco, ya su magnífico pelaje amarillo picado de manchas negras. Sus ojos, que habían brillado como ascuas, se apagaron poco á poco.

—¡Pronto, pronto! Tratemos de mantenerlo á flote antes que se hunda, dijo Gaetano, y echando mano á un lazo, lo arrojó, con la maestría de un

gaucho, al jaguar agonizante; luego, acercando la embarcación á la orilla, la amarró y saltó á tierra con la punta del lazo en la mano.

—Dos hombres no bastarían, dijo, para levantar este enorme animal: nuestro bote habría zozobrado por la magnitud de sus esfuerzos; vamos á sacarlo á tierra y mañana, antes de que salga el sol, enviaré á algunos de mis marineros para quitarle la piel.

Este incidente, que había turbado por algunos instantes el silencio y la solemnidad de aquella noche hermosa, encantó al aventurero sir Henry y le pareció que inauguraba felizmente su viaje en un país primitivo. La navegación llevábase á cabo de la manera más agradable. Cuando el viento era favorable, aprovechábanlo para bogar; luego, en las cercanías de alguna isla hermosa, echaban el ancla esperando el momento favorable para hacerse nuevamente á la vela. El viajero no se cansaba de admirar el río inmenso que se deslizaba majestuoso entre sus verdes orillas. Las islas en las cuales hacían etapa, ofrecían á sir Henry el placer del pasco, de la pesca y de

la caza. Tenía afición á las colecciones y al momento el puente de la goleta fué transformado en una especie de museo, donde no se veían más que animales empajados, aves y pajaritos suspendidos con ganchitos, mariposas y escarabajos clavados en el mástil con fuertes alfileres. Don Gaetano tenía orden de embalar cuidadosamente todo el botín y, de regreso á Buenos Aires, enviárselo al cónsul, para que lo remitiera á Inglaterra.

Pasaron, así, quince días. Por fin ancló la goleta frente al Rosario, mercado principal de la Confederación y la ciudad más importante de la provincia de Santa Fe. Allí, sir Henry se despidió de don Gaetano y de la tripulación.

El cónsul, compatriota suyo, á quien expuso sus ideas de viaje y su deseo de iniciarse en la vida salvaje del campo ó desierto argentino, proporcionóle una carta de recomendación para don Esteban González, de Santa Rosa, cuya hospitalidad había oído ponderar, y que pasaba por uno de los más ricos estancieros del país.



II

La estancia de Santa Rosa, que tenía por amo y señor á don Esteban González, se consideraba, con justa razón, como una de las más hermosas del campo. Construída en tiempo de los virreyes, distinguíase por su solidéz y vastas proporciones. El cuerpo principal del edificio era de ese estilo oriental que los andaluces aprendieron de los moros, el cual trasladaron, sin ninguna alteración, á la provincia de Santa Fe. Las piezas de la casa estaban dispuestas alrededor de un patio, cuyo

centro hallábase ocupado por un aljibe que coronaba un brocal ornado por una arcada morisca de hierro labrado. Una magnífica *veranda* cubierta de parra proporcionaba una sombra fresca y deliciosa á la ancha crujía, sobre la que se abrían las puertas de los departamentos principales. En cada ángulo del patio levantábase una enorme ánfora de barro cocido, llamada *tinajero*, y destinada á refrescar el agua durante los calores estivales. A este primer patio seguía un segundo, luego un tercero. Grupos de naranjos y palmeras, entremezclados con limones y laureles, ocupaban el centro y los costados. En el fondo, en una rinconada, hallábanse las dependencias de la casa, cocina, habitaciones para la servidumbre, etc.

La estancia de Santa Rosa, que se hallaba en despoblado, se construyó en condiciones de poder resistir un ataque. Sus pocas ventanas exteriores estaban defendidas por sólidos barrotes de hierro. Los muros de los patios, muy elevados y gruesos, tenían revestimiento de ladrillos. Sobre la puerta de entrada, una sola pieza, llamada

atillo, tenía la forma de un cubo en albañilería con un mirador ó balcón desde el cual se podía ver muy lejos. El techo llano del atillo formaba terraza. En tiempos de disturbios, emplazábase allí un cañón: no era, á decir verdad, más que un caño viejo de estufa montado sobre dos ruedas de carreta; pero esa máquina inofensiva presentaba á lo lejos un aspecto formidable, y su perfil amenazador, que se destacaba sobre el azul inalterable del cielo, había alejado más de una vez á los merodeadores poco amantes de la metralla. Don Esteban, por lo demás, empeñábase en ser hombre precavido. Exponía con orgullo en su aposento unas cuantas viejas carabinas españolas, con culata de ébano, incrustado de plata, que sus antepasados habían llevado de Andalucía; eran, á la verdad, pesadas é incómodas maquinarias, apropiadas, á lo sumo, para la parada. Los peones, que los contemplaban con la repugnancia instintiva de las gentes del país para las armas de fuego, no tenían confianza más que en sus cuchillos y en sus lazos y, con la boleadora en la mano, considerában-

se suficientemente protegidos contra todo ataque de los indígenas.

En el costado norte del segundo patio, elevábase una pequeña capilla dedicada á Santa Rosa á la que un padre misionero franciscano iba un día al mes á decir misa. Era un viejo edificio de ladrillos que el tiempo había bruñido. Un pórtico, entre dos pilares, acababa en un arquitrabe, encima del cual había una hornacina ocupada por una estatua de Santa Rosa de Lima, patrona de la América del Sud. Esta estatua, hecha en el Perú, era de madera, pintada al óleo y recargada de ornamentos dorados. La corona de rosas, flores que no faltan nunca en aquellos hermosos climas, era renovada cada día por las mujeres de la estancia. Por encima de la estatua elevábase una torrecilla de la que pendía una campana, á la que el sol y la lluvia habían dado un hermoso tinte verde-gris.

Al exterior, la estancia estaba rodeada por muchos corrales, en los que se encierran por la noche los animales que hay que cuidar especialmente, como los caballos finos, los bueyes de

tiro, las vacas lecheras con sus terneros. Un corral más pequeño contenía las mulas, desagradables compañeras que es menester dejar solas. Allí cerca, y á la sombra de un gigantesco ombú, veíanse varios pequeños ranchos de adobe y paja, en los que se alojaba el personal numerosísimo de la estancia. Una casita más grande y más hermosa que las demás servía de habitación á Demetrio, el mayordomo ó jefe de la cuadrilla de capataces encargados del cuidado de la hacienda.

Referíanse por aquellos parajes cosas extrañas acerca de la estancia de Santa Rosa; don Esteban había heredado de sus tíos, dos ancianos célibes á quienes las agitaciones políticas de los tiempos de Rosas habían forzado á ausentarse y á permanecer unos diez años en la provincia de Corrientes. En cuanto se dispusieron á volver para sus pagos, ambos murieron, uno de apoplejía, y el otro de rápida enfermedad. Don Esteban, que era hijo de una hermana de ellos, fué su único heredero y recordaba haber oído decir á su madre que sus tíos eran riquísimos y poseedores de sumas conside-

rables en oro y plata que enterraron momentos antes de su partida. Una vajilla maciza y alhajas de familia habían sido unidas á la plata acuñada; mas los dos ancianos no habían confiado su secreto á nadie, y lo habían llevado consigo á la tumba. Don Esteban hizo practicar todas las rebuscas imaginables, las cuales resultaron infructuosas.

La leyenda de los tesoros escondidos en Santa Rosa ocupaba á menudo la imaginación de las gentes de la comarca. Más de un puestero había pasado la noche escarbando la tierra en algún rincón solitario, siempre con la esperanza de descubrir las riquezas tan codiciadas, y más de una buena mujer rezaba novenas con la misma intención. Es digno de notarse que la gente pobre nómada, contemplativa y perezosa, estaba toda más ó menos preocupada por la idea de descubrir tesoros, manera cómoda de procurarse las riquezas que los hombres activos é industriosos hallan en los inventos de su genio y en la fuerza de sus brazos. En cuanto á don Esteban, rico por de pronto y en camino de

llegar á serlo cada vez más, había renunciado en absoluto á descubrir la herencia de sus tíos y hasta prohibió á su gente el hablar de ella. Sin embargo acontecía que los jóvenes peones que jugaban á las cartas y no tenían nunca un medio, solían exclamar con frecuencia: "¡Si tuviéramos los tesoros de Santa Rosa!"

Cierto día una mujer indígena llamada Carmen, que formaba parte de la servidumbre de la estancia, oyó esta exclamación y quiso saber lo que significaba. Escuchó en un silencio severo y recogido y luego se golpeó misteriosamente la frente como para hacer entrar en ella el relato que acababa de oír.

He aquí el motivo por el que esta india entrara al servicio de don Esteban. Quince años antes del día á que se refiere esta historia, en una calurosa tarde del verano sudamericano, una gran agitación reinaba en la estancia de Santa Rosa. Doña Isabel Valdivia, mujer de don Esteban González, iba á ser madre. La vieja mulata Eusebia, que había sido nodriza de doña Isabel, acudió para auxiliar á su joven ama

con todos los remedios usuales en el país. Arrancó de cada ángulo del techo de juncas de una vieja construcción cuatro puñados de rastrojo, correspondientes á los cuatro puntos cardinales, y los quemó haciendo la señal de la cruz. Puso en la cabeza de la parturienta un sombrero de uno de los peones de la estancia, bautizado bajo la advocación de San Juan Nepomuceno, procedimiento infalible para alcanzar el amparo de ese santo en la situación crítica en que se encontraba doña Isabel. Eusebia no olvidó nada: desprendiendo de una imagen de San Ramón, en hábitos monacales, el cordón de la orden de San Francisco que ceñía la pequeña estatua, le rodeó al talle de su ama; luego llamó á cuatro negras de las más robustas y las mandó envolver á doña Isabel en una ancha frazada y mecerla fuertemente. Gracias á tan sencillas recetas, y ayudando también un poco la naturaleza, vinieron al mundo dos encantadoras niñas. Según la costumbre, atravesólas Eusebia las orejas con una aguja enhebrada con un hilo de seda encarnada é introdujo por el orificio un

pequeño zarcillo de oro. Una cuna con pieles de oveja esperaba á las dos niñas. Antes de depositarlas en ella, se volvió Eusebia hacia doña Isabel y quedó sorprendida de la extraña palidez difundida sobre los hermosos rasgos de la joven madre: no obstante, sin dejar descubrir sus temores, acercóse á ella y preguntóla qué nombres había que poner á las recién nacidas. Doña Isabel se incorporó con fatiga:

—Mercedes y Dolores, dijo con voz apagada.

Siguió aún con la mirada á Eusebia que hacía sobre la frente de las niñas la señal de la cruz con agua bendita y las bautizaba en el nombre de la Santísima Trinidad; luego, totalmente acongojada por aquel esfuerzo, cayó sobre las almohadas. Eusebia se abalanzó á ella y la tomó en sus brazos. La joven señora inclinó la cabeza como se dobla la planta delicada á impulsos del viento, y expiró...

—¡Ha muerto, ha muerto! gritó Eusebia, y dejándose arrebatar por su dolor con la violencia propia de su raza, llenó el aire de gritos desgarradores.

Las cuatro negras, sentadas en el suelo cerca de ella, sollozaban de un modo lastimero.

—Ha muerto, repetía Eusebia, ¡y no hay nodriza para estas criaturas!

En aquel momento se oyó el ruido sordo del galope de varios caballos, que cesó á la puerta de la estancia. Eusebia se puso de pié.

—Es don Esteban, exclamó; reconozco el relincho de *Corazón*.

Casi en el mismo instante un hombre joven aún, de fisonomía noble y severa y que llevaba con aplomo, unido á graciosa elegancia, el traje de los gauchos, entró en la alcoba. De una mirada lo comprendió todo. Se descubrió, se arrodilló cerca del lecho de doña Isabel, besó sus manos heladas, luego, levantándose y mojando sus dedos en el vaso del agua bendita, hizo sobre los despojos de la joven madre la señal de la cruz. Su dolor era muy grande, pero concentrado y lleno de una sombría resignación.

Eusebia no osaba hablarle. Esperó el momento en que don Esteban levantara los ojos, para señalarle con el dedo la pequeña cuna cubierta de blancos lienzos.

—Duermen, dijo.

—¡Dos! exclamó don Esteban, y levantando el cortinado, contempló con ternura recogida las dos cabecitas de cabellos rizados que descansaban sobre la misma almohada.

—¿Bautizadas? preguntó él con voz insegura.

—Sí, señor; Mercedes y Dolores.

—Misericordia y Dolor. Es justamente eso, y volvió á arrodillarse cerca del lecho de doña Isabel.

Las negras la amortajaron de blanco y adornáronla por última vez con camelias y jazmines del Cabo. Al través de los trémulos reflejos de los cirios, la frente joven y tranquila de doña Isabel parecía la de un ángel dormido. Don Esteban seguía con la mirada los fúnebres aprestos. Las pequeñuelas empezaron á llorar.

—Santa María! gritó Eusebia, he ahí esas criaturas que lloran, y no tenemos nodriza.

Don Esteban se golpeó la frente.

—Conozco una, dijo. Voy por ella.

Y apareció instantes después con una mujer indígena de estatura colosal, era de tinte bronceado, con dien-

tes blanquísimos; sus cabellos caían rígidos como crines, sus manos y sus pies eran pequeños. Sus rasgos habrían sido bastante hermosos, sin la expresión de fijeza dura y salvaje que los desfiguraba. Una manta de lana envolvía como sayo. Una especie de chal que pendía de su cuello y que formaba saco detrás de la espalda, sostenía á un niño de seis á ocho meses que dormía reclinando la cabeza sobre el hombro de su madre. Otro chico de dos á tres años prendíase á sus ropas. A la entrada del aposento se detuvo. Miró curiosamente la amplia pieza con el piso alfombrado, el cielo raso cruzado por tirantes esculpidos, los viejos sillones de cuero de Córdoba, los cuadros religiosos de la antigua escuela española que adornaban las blancas paredes; luego, cuando sus ojos llegaron á los despojos de doña Isabel, una especie de estupor embotado se difundió sobre sus rasgos.

—Venga Carmen, díjola don Esteban.

La viuda dió algunos pasos y arrodillándose con el respeto que los hijos del desierto tienen á los muertos,

quedó sobrecogida, murmurando en una lengua desconocida algunas palabras breves, guturales, parecidas á lúgubre canto.

Al ponerse en pie, vió á las dos niñas que Eusebia acababa de levantar de la cuna. Los rasgos duros de Carmen se suavizaron con una cariñosa sonrisa.

—¡Hermosuras de mi alma! exclamó en mal español, ¡qué bonitas son! ¿Podría yo criarlas?

Eusebia puso á las dos pequeñuelas sobre sus rodillas y muy pronto, sossegadas y dormidas, volvió á colocarlas en su pequeño lecho.

Mientras tanto los dos chicos de Carmen, dos encantadores muchachos, consideraban con aire asombrado los objetos que los rodeaban. Don Esteban, absorto en su dolor, no se había fijado en ellos. Eusebia los miraba con un aspecto de desdén que los mutos tienen por los indios. Era buena, sin embargo, y sobreponiéndose á su dolor dejó el aposento en el que dormía el último sueño aquella que había amado cual si hubiese sido hija suya propia á indicio á Carmen por señas

que la siguiera hacia las dependencias de la estancia. Allí instaló á la nodriza en un pequeño rancho; después le proporcionó un cuero de potro, sacó de la cocina un trozo de charque y un tarro de mazamorra. Puso todo delante de Carmen y se apresuró á volver allá donde su corazón la llamaba.

Halló á don Estéban contemplando á las pequeñuelas.

—¡Qué gracia de Dios, señor, dijo Eusebia, es para nosotros esta mujer que nos llega tan á tiempo para alimentar á nuestras nenas!

—Es verdad, Eusebia. Estaba yo en Santa Fe cuando se llevaron allá los prisioneros de guerra y el general Echagüe, que es muy amigo mío, me regaló á esta mujer y sus hijos.

—¡Caramba! señor, qué hermoso obsequio os hizo, aunque, á decir verdad, esta mujer me da miedo.

—No importa, Eusebia, hay que tratarla bien, para que críe de buena gana á las nenas. No parece tener más de veinte años; es fuerte, bien parecida: si se le guardan consideraciones, nos cobrará afecto y no pensará ya en volver al desierto. Es india abipona, y

su marido, á quien mataron en la última guerra, era cacique.

Estos datos no destruyeron las prevenciones intuitivas que inspiraban á Eusebia todos los indios en general y Carmen en particular; pero en el interés de las niñas de doña Isabel, resolvió violentarse y dominar su aversión á la nodriza.

"El hombre es polvo, y al polvo ha de volver". Estas palabras se cumplieron al día siguiente en doña Isabel. Durante la noche, un peón había ido á encargar un ataúd á Corondá, pequeña población cercana á la estancia, el que se remitió por la mañana. Era de madera de algarrobo, revestido de terciopelo negro y forrado con raso blanco. Depositóse en él el cuerpo de la joven señora, la cual fué devuelta así á la tierra. Sobre la cruz que señalaba su tumba, provisional hasta que tuviera artístico mausoleo, leíanse estas palabras: "Doña Isabel Valdivia de González, diecisiete años, *De Profundo*".

Fiel, Eusebia, á lo que había prometido á don Estéban, demostró alguna benevolencia hacia Carmen. Esta per-

maneció tal como se la había visto desde el principio, soberbia, salvaje, callada, no teniendo más dulzura en la voz ó en la mirada que para las dos niñitas, cuyo rápido crecimiento favorecían los prodigios de la naturaleza en aquellos climas.

González hizo bautizar á Carmen y á sus dos hijos, que eran los más hermosos muchachos que se habían visto jamás. La india parecía haber perdido todo pensamiento de volver al desierto. Aprovechaba, sin embargo, algunas ausencias de don Estéban para desaparecer de la estancia. La primera vez que Eusebia notó su falta al anochecer, envió en su busca á todos los criados de la casa. Los peones se lanzaron al galope en todas direcciones, explorando sobre el terreno los rincones que pudieran servirla de refugio ó escondrijo y volvieron dos días después sin Carmen. En vano se preguntó á José y á Manuel; ni caricias ni amenazas pudieron vencer la impasibilidad de los dos muchachos, quienes ó no sabían nada, ó bien estaban resueltos á callar. A la alborada del tercer día, un capataz que pasaba por delante del

rancho de Carmen, cuya puerta estaba abierta, vió á la india tranquilamente dormida en su estera. Advirtió de ello á Eusebia, la cual interrogó severamente á la nodriza no bien despertó; pero ésta fué impenetrable. Habíase notado que un hermoso y rápido alazán había desaparecido al mismo tiempo que ella. Los vestidos destrozados de la viuda y sus manos lastimadas testimoniaban una carrera á través de las malezas. Todos estos indicios, comentados en su presencia, no le arrancaron ninguna confesión. Poco á poco, viendo que Carmen volvía fielmente á la casa después de esas cortas ausencias, se dejó de recelar de tan singulares paseos.

Don Esteban tenía las costumbres grandes y generosas de los españoles de antigua cepa. Tratava muy bien á la viuda del cacique y á sus muchachos. Envió á estos á la escuela de Corandá, donde aprendieron en poco tiempo todo lo que sabía el maestro— leer, escribir y contar. Cuidadosos y hasta elegantes en el vestir, acompañaban á todas partes á don Esteban, y revelaban ambos, José, sobre todo, un

carácter expansivo y agradable. Carmen, en cambio, estaba siempre triste y altanera; la viuda parecía desaprobar tácitamente la especie de intimidad afectuosa entremezclada de respeto que unía á José y á Manuel á don Estéban, y en cuanto á Eusebia, que nunca había amado excesivamente á los hijos de Carmen, denunciaba con aires desdeñosos y palabras de doble sentido su hostilidad sorda contra la madre. El solo lazo de unión que ligaba bien que mal estos elementos tan opuestos, eran Mercedes y Dolores, á quienes la vieja mulata se había habituado á considerar como seres de una naturaleza superior.

Semejantes á las lianas florecidas que crecían alrededor de los cactus de largas puntas y de las mimosas espinosas, ellas envolvían en una red de gracias afectuosas y de inocentes picardías á Eusebia y á Carmen. Eusebia entregábase completamente al encanto; Carmen, más independiente, manteníase siempre en reserva, recibiendo las caricias sin devolverlas y, en sus días de mal humor, mirando á Mercedes y á Dolores con el aire de un tigre

hembra constreñido á amamantar á dos corderos. Aquellos ímpetus de odio reconcentrado no escapaban al ojo avizor de Eusebia, que se propuso estar alerta. En cuanto á don Esteban se preocupaba poco de estas animosidades femeninas; él sabía que Eusebia, á pesar de su carácter brusco y dominante, tenía una fidelidad y una abnegación á toda prueba. En lo referente al manejo general de la casa, tenía ella, en realidad, una superioridad incontrastable. Cuando los peones iban á la cocina en busca de su ración de carne y de arroz y percibían desde lejos, en el fondo del tercer patio, la alta talla de Eusebia, su rostro bronceado y severo encuadrado en los pliegues del pañuelo rebozo, aceleraban el paso maquinalmente y se abstendían de chancearse, según costumbre, en tono socarrón, con la cocinera Ramona, negra de las más motudas, por su larga cabellera ó la blancura de su cutis. Los dichos alegres y las bromas se interrumpían entonces y nadie se ocupaba de más que de ponerse lo más pronto posible fuera de las miradas de la *intrépida vieja*.

En la vida simple y monótona del

desierto, los días pasaban rápidos como las flechas de los indios. Quince años transcurrieron; Mercedes y Dolores habían llegado á ser las jóvenes más hermosas de la comarca. Habían heredado de su madre los cabellos y los ojos de un negro azabache, los rasgos finos y los dientes nacarinos, y ese tinte de un blanco mate con reflejos dorados peculiar de las andaluzas. También poseían ambas un espíritu dulce y conciliador, una ternura llena de sumisión y de respeto para su padre; en lo que á religión atañe tenían la resignación profunda que el fatalismo musulmán parece haber infundido en el genio de las razas españolas. Sus ocupaciones eran las propias de los ricos del país. Siendo niñas habían aprendido de su padre á escribir y á contar. Eusebia las había enseñado, á más de la lectura y del rezo, el arte de tejer con aguja esos hermosos encajes, verdaderas maravillas de habilidad y de paciencia de las mujeres criollas. Eran apasionadas por las flores y los pájaros. En el alféizar de sus ventanas había macetas de barro con toda clase de plantas cultivadas

con gran cuidado; la rosa purpúrea de Banks y el odorífero jazmín de Chile enredábanse alrededor de los pilares de la veranda, de los cuales pendían ramas de árboles cogidas en la floresta, cargadas de fragantes orquídeas. José y Manuel, que conocían sus gustos favoritos, no daban un paseo sin traerles alguna linda planta ó algún nuevo prisionero de brillante plumaje, destinado á la gran jaula de bambú que ellos mismos habían fabricado.

Un día volvieron con dos gacelas de la pampa, de ojos negros ribeteados de largas pestañas, con patas tan finas que parecían casi incapaces de soportar el peso de su cuerpo. Tan preciosos animales fueron substraídos á la madre cuando todavía mamaban. Mercedes y Dolores las alimentaron con pan y leche hasta el día en que pudieron comer hierbas. Los pobres animalitos se aficionaron á ellas; las seguían á todas partes como cachorritos. Cuando las dos hermanas bordaban bajo la veranda, rodeadas de flores, con las gacelas á sus pies, con lianas flotantes encima de su cabeza, habría si-

do difícil para un artista ó para un poeta el soñar un cuadro más conmovedor.

A Mercedes, por haber venido al mundo la primera, llamábanla la *mayor*; era algo más crecida que su hermana. Esta diferencia de talla era la sola que las distinguía, pues en lo demás su parecido era perfecto. Mercedes tenía, también, más iniciativa y resolución; ella dominaba, en realidad, á Dolores, cuya obediencia era instintiva y cordial, tanta era la dulzura y la gracia insinuante que ponía su hermana en apoderarse de su alma y de su pensamiento.

Cuando aparecieron por primera vez en el baile del gobernador de Santa Fe, produjeron gran sensación, aún en aquel país en que la hermosura no es cosa rara. Vestidas de tafetán rosa, con la cabellera adornada con jazmines del Cabo y hermosas perlas que pertenecieron á su madre doña Isabel, estaban encantadoras. Algunos días después, había recibido don Esteban muchas proposiciones de enlace para sus hijas, las cuales rehusó pretextando su extremada juventud;

mas unos ó dos meses después llegaron á la estancia Santa Rosa dos jóvenes hijos de un catalán amigo de don Estéban. Eran, como lo son de ordinario los catalanes, hermosos hombres, de ojos azules y cabellos castaños. Eusebia los declaró *buenos mozos* y don Estéban los trató con marcada consideración. Las dos hermanas parecieron dispensarles escasa atención. Durante su permanencia en la estancia dieron, sin embargo, lugar á una escena bastante significativa para atraer las miradas de Mercedes, más observadora que Dolores.

Cierto día se hallaba don Esteban con sus huéspedes en el segundo patio, hablando de una vuelta que proyectaba dar hasta un puesto que poseía no muy lejos de su casa. José y Manuel estaban ocupados en ensillar para ellos mismos los hermosos caballos con las ricas monturas regalo de don Esteban cuando éste se volvió hacia ellos y les dijo:

—Preparen caballos para estos caballeros y para mí.

Al oírlo José hizo un gesto despreciativo y altanero; y llamando á un

chicuelo que se revolcaba en la tierra:

—Cipriano, le dijo, vé al corral y dí que traigan caballos para estos forasteros, y también á *Corazón* que yo mismo ensillaré para don Esteban.

El dueño de la estancia no se enteró del incidente que no pasó desapercibido para su hija mayor, y dirigiéndose nuevamente á José:

—Nos acompañarán ustedes, le dijo.

José lanzó una mirada penetrante y significativa á su joven hermano.

—Disculpe, señor, replicó: hay hiearra en lo de Romero, y hemos prometido ir.

Y saltando ambos á caballo, desaparecieron al momento.



III

Mientras tanto sir Henry Williams estaba en camino hacia la estancia de Santa Rosa.

Desde el Rosario á Santa Fe, una galera sacudía de muerte cada semana á los cinco ó seis desgraciados que no temían confiarse á ese medio de locomoción. Sir Henry prefirió viajar solo, á caballo, con un baqueano llamado Pastor Quiroga, que le había procurado el cónsul. Era un mocetón trigueno, con aire melancólico y algo feroz. Vestía una blusa de género azul bor-

dada, anchos pantalones blancos con puntillas y un chiripá. Su cinturón de cuero cincelado estaba adornado con botones formados por monedas y por un facón asegurado al dorso. Llevaba el poncho recogido sobre un hombro.

Guapamente plantado sobre las caderas, dotado de esa elegancia propia de los gauchos, el baqueano tenía muy buena presencia. Prometió al cónsul cuidar á las mil maravillas al *señor inglés*. Este pagó la mitad del precio convenido; la otra mitad debía quedar hasta la vuelta en manos del representante de su majestad británica. Para completar sus preparativos, sir Henry compró un recado al que añadió lazo y bolas, armas cuyo manejo se proponía aprender. Sus alforjas contenían además dos excelentes revólvers.

El baqueano temía las armas de fuego, como todo hijo del país. Con su facón, su lazo, su boleadora, decía él, podía ir hasta el fin del mundo. Verdad es que era uno de esos geógrafos que colocan la Europa al lado de la República Oriental del Uruguay

y los Estados Unidos de la América del Norte algo más arriba. Preguntó á sir Henry si quería comprar una tropilla de caballos que volvería á vender en seguida, ó bien si prefería viajar siguiendo los puestos que el correo tenía escalonados en el camino del Rosario á Santa Fe. Sir Henry se decidió por recorrer este trayecto, y partieron.

A una pequeña distancia del Rosario, las quintas se hacían ya raras y el desierto, en toda su solemnidad, se extendía hasta donde alcanzaba la vista. De trecho en trecho se elevaban ombúes gigantescos, matorrales de enormes cactus, de áloes, de juncos, entremezclados con cardos, mimosas y algarrobos. De vez en cuando, una línea de un verde esfumado señalaba uno de esos bosques que allí sirven, invariablemente, de borde á los ríos. Unas lagunas, cuyas aguas tranquilas reflejan el azul del cielo, brillaban acá y acullá entre los pastos, ya algo amarillentos por los primeros calores del verano. Las cuevas de las viscachas se elevaban como pequeños montículos cubiertos de una hierba fina y horadados con hoyos regulares.

Grandes tropillas de caballos y de bueyes pastaban. Los peones que las cuidaban, de tez bronceada por el hálito de la Pampa, tenían el aire melancólico peculiar del hijo del desierto.

Hacia las doce meridiana, sir Henry y el baqueano llegaron á la primer parada del correo.

Esas paradas ó puestos no son, por lo común, más que miserables ranchos de tierra y adobes, con un galpón sostenido por tirantes y un corral para los animales. Los viajeros no deben esperar encontrar allí el menor *confort*. Deben procurarse por sí mismo víveres y cubiertos y acampar poéticamente al aire libre.

Pastor se apeó y vió á un rapazuelo de unos siete ú ocho años, el cual, con las piernas al aire y la cabeza en la arena, se entretenía en hacer piruetas, lo mismo que un monito.

—¿Hay alguien en la casa, muchacho? preguntóle.

—Nadie, señor.

El baqueano volvióse hacia sir Henry.

—Casi siempre ocurre lo propio en estas paradas, dijo; aquí debe servirse cada cual como pueda. Apéese, señor,

y descanse un poco mientras yo me ocupo de proporcionarle lo necesario.

Con ésto, dejó Pastor de interrogar al muchacho, el cual, hosco y soberbio, ya no le habría contestado. Volvió á montar y habiendo divisado á alguna distancia una manada de ovejas, se lanzó á todo correr por aquel lado, compró un cordero al cuidador y volvió con el animal, que al instante fué sacrificado, desollado y cortado en cuartos. Pastor reavivó un residuo de fuego que languidecía bajo el galpón, arrojando á él algunas brazadas de espigas secas arrancadas á un seto. En cuanto la leña se hizo áscuas ensartó los cuartos de cordero en dos asadores que estaban en un rincón, sacó de su bolsillo un poco de sal y luego de salarlos clavó los asadores entre las brasas. Sir Henry miraba curiosamente todos aquellos preparativos. La puerta del rancho estaba cerrada y el corral vacío.

Mientras el cordero se asa, dijo Pastor, voy en busca de caballos. Veo allí algunos pastando.

Montó sobre su parejero, y sir Henry vióle imprimir al lazo, con la ra-

pidez del viento, un movimiento giratorio por encima de su cabeza, tirarlo con la maestría usual de los gauchos y enlazar dos de los mejores caballos, con los cuales regresó al lado de sir Henry.

El olor á cordero asado había sacado al pequeñuelo de su letargo. Levantóse y fué á sentar al lado del fuego.

—Ah! ah! dijo Pastor. Cuando se trata de comer, el muchacho sabe caminar. Mira, si quieres cordero, tienes que traer agua.

El muchacho tomó un cántaro que estaba en un rincón cerca de la puerta, arregló su poncho con gravedad castellana y se encaminó hacia un arroyo cuyas aguas verdosas brillaban en el campo á poca distancia. Volvió en seguida, trayendo el cántaro al hombro con la seriedad de una estatua antigua. Sir Henry sacó de su bolsillo un estuche de bermellón que contenía tenedor y cuchillo; pero tuvo alguna vergüenza por haber mostrado dichos utensilios, cuando vió á Quiroga y al muchacho cortar del cordero unas tiras muy largas y muy finas, tomar una extremidad entre sus dientes incom-

parables y cortar cada vez con el cuchillo el pedazo que querían comer. El cordero fué devorado en un abrir y cerrar de ojos, con una destreza y un aseo perfectos y se volvió á emprender el camino.

El desierto se presentaba cada vez más salvaje. Grandes avestruces grises corrían de un lado para otro. Manadas de venados caminaban lentamente ó huían rápidos como el viento haciendo ondular las altas malezas. En las orillas de las lagunas y de los arroyos los teros, los patos, los ibis, los graciosos cisnes blancos con collar negro, paseábanse gravemente ó se bañaban en las aguas tranquilas. Un poco antes de la puesta del sol llegaron á orillas del Carcaraná, río ancho y profundo. Los peones de una estancia vecina estaban ocupados en hacerlo vadear á cuatro ó cinco mil novillos. Era un aspecto extraño el que presentaba aquella multitud de animales de todo pelaje que sus pastores á caballo trataban de arrear hacia el vado. Cuando un grupo de novillos y de terneros llegaba á la orilla los *picadores*, armados de sus lanzas, los aguijoneaban para forzar-

los á tirarse al agua y los remolones proporcionaban á sus conductores la ocasión de mostrar una destreza y una elegancia de movimientos verdaderamente admirables. A veces, alejándose un centenar de pasos, venían los *picadores* á caer lanza en ristre sobre los novillos para obligarlos á emprender la carrera por el lado del río; á veces, persiguiendo algún fugitivo que desaparecía en la pampa, obligábanle, por una serie de revueltas ejecutadas con pasmosa ligereza, á volver á tomar la dirección del Carcarañá. En la orilla misma la lucha volvía á comenzar; de cada lado del paso el lecho del río presentaba muchos pozos en los que desaparecía el mejor nadador. Cuando uno de los novillos se dirigía á uno de esos parajes peligrosos, conocidos por las burbujas formadas en la superficie de la corriente, algunos paisanos colocados en una especie de piragua atravesada á la corriente, cerrábanle el paso, como podían, mediante largas cañas.

Entretúvose de tal manera sir Henry con aquellas justas bizarras, que quedó sorprendido al ver como el sol,

que creía aun muy alto sobre el horizonte, desaparecía súbitamente en un océano de púrpura y de oro cuyos arboles bañaron por un instante todo el desierto de un tinte rosado, esmaltado de viva brillantez y de rayos fugaces de una belleza incomparable. La noche llegó con brusca transición, cual si una mano invisible hubiese ocultado de un golpe, por medio de un telón, los resplandores del cielo. Bien pronto la obscuridad fué profunda; y no se marchó ya sino al paso por temor á caer en los hoyos de las vizcachas. A eso de las diez de la noche, Quiroga, que guardaba silencio desde algún tiempo, detuvo su caballo.

Creo, señor, dijo, que nos hemos extraviado. Con el tiempo que hace que estamos marchando, deberíamos haber llegado ya á la parada; hemos de haberla dejado tal vez á nuestra izquierda. Voy á apearme y á probar el pasto para darme cuenta del sitio donde nos hallamos.

Pastor lo hizo así, y masticando unas hierbas, dijo al momento:

Creo que estamos pisando un terreno cultivado por europeos, y no

lejos de una laguna, pues, aunque el pasto tiene el gusto del que crece en los surcos de trigo ó de maíz, es también algo salado, como él que está cerca del agua. En todo caso, nos hallamos próximos á una vivienda.

Pastor, por lo visto, era perito. Se volvió á cabalgar con precaución y al cabo de un rato percibióse en la obscuridad una masa confusa, mientras los ládridos de muchos perros se hicieron oír. Una luz se movía á lo lejos como una estrella errante.

—¡Amigo! gritó Pastor, ¿estamos muy distantes del correo?

—A muchos leguas, señor, contestó una voz.

La luz se acercó y los viajeros se hallaron frente al dueño de la casa; era un vasco francés en la plenitud de la vida. Llevaba vestimenta europea de color gris, una pistola á la cintura y una carabina á la espalda. Levantó la linterna que llevaba en la mano, dirigió sus rayos una vez hacia sir Henry y otra hacia Quiroga; tranquilizado por aquel reconocimiento, les invitó á que pasaran en su casa el resto de la noche.

—Es tan grande la cerrazón, dijo, que otros viajeros también se han extraviado; hallarán ustedes en la casa numerosa compañía.

Así hablando, conducía á sir Henry y al baqueano á través de una alameda que la noche había ocultado á sus miradas. Por el camino dijoles que él era Martín Valduque, cultivador y propietario del terreno en que se hallaban.

Pronto llegaron á un sólido cerco de postes de cuatro á cinco pies de alto, dentro del cual había muchos ranchos dispuestos de manera que formaban una plazoleta cuadrada. Un farol suspendido de un tirante del galpón iluminaba á una pequeña reunión en la que se hablaba animadamente.

Un tejado medio derruido resguardaba la cocina, donde la esposa de Martín Valduque, típicamente arreglada con el pañuelo encarnado de las mujeres vascas, sacaba del horno tortas y galletas cuyo olor excitaba el apetito, y hacía el café que dos mozos, hijos suyos, sirvieron á los viajeros.

Valduque se excusó con sus huéspedes por la imposibilidad en que se hallaba de alojarlos á todos y propuso á

los que tenían pasar la noche á campo raso, que se cobijaran en una de las piezas de la casa; pero se prefirió unánimemente quedarse en medio del patio. Encendióse un buen fuego, para preservarse de los efectos del aire húmedo de la noche y todos se sentaron al rededor de él. Martín Valduque dió las buenas noches á los viajeros retirándose al rancho en que habitaba.

Sir Henry se instaló algo separado de los demás para gozar mejor del espectáculo original que tenía al alcance de su mirada. Se fijó desde luego en un hombre joven aún, muy negro, de estatura colosal, admirablemente proporcionado y con mucha elegancia en su talle; era *zambo* de raza, es decir, de sangre negra é india. Llevaba el traje de los gauchos y se envolvía con dignidad real en un magnífico poncho azul marino, á rayas encarnadas, entretejidas con extraños dibujos negros y blancos. Apoyado sobre su lanza, en actitud de un descanso marcial, aquel personaje hubiera podido servir de modelo á Fidias. Pastor, que le conocía, dijo á sir Henry que era el ma-

yor Dionisio, indio manso comandante en jefe de la caballería de los indios auxiliares.

A su lado estaba sentado un joven rubio, blanco y rosado como una mujer. Llevaba un elegante traje de corte parisiense, chaleco blanco, corbata de satín, guantes y lentes. Aquel señorito charlatán, que era un alemán corredor de una gran casa bancaria del Rosario, viajaba por los negocios de su patrón y facilitó algunos datos á sir Henry, agregando mil quejas sobre el detestable recorrido que acababa de hacer.

— Ah, señor, exclamé, ¡qué país tan salvaje! Se muere uno de hambre en medio de la abundancia. Es el país de las haciendas y no se encuentra carne, el país de las vacas y no hay leche, el país de las gallinas y no se ven huevos, el país de la uva y jamás se hace vino. ¡Demonio de país! Por ésto, continuó locuazmente, esta tierra no es abordable más que para los hombres de grandes negocios como mis patronos, señores Pícaro, Schelm y Compañía, del Rosario. Acabamos, y esto puede servir de ejemplo, de llevar á

feliz término un magnífico negocio. Mis patrones son los banqueros del gobierno nacional, quien les encargó la compra de unos vapores que serán armados en guerra para la escuadra del Paraná. Yo he ido á Río Janeiro, donde he adquirido cuatro *steamers* destinados antes al servicio de la bahía; los he hecho pintar de nuevo; he añadido á la popa esculturas de gran efecto, una sirena dorada haciendo muecas á las barbas del público con aire agradable, una gran águila con alas desplegadas, un sol rodeado de rayos deslumbradores, y luego les he puesto nombres sonoros, rimbombantes: el *Vencedor*, el *Conquistador*, el *Peleador*, el *25 de Mayo*. Esos pequeños barcos, así embadurnados, podrán valer cada uno de treinta á cuarenta mil francos; nosotros los hemos vendido al gobierno en veinticinco, treinta y cuarenta mil pesos.

Sir Henry prorrumpió en una exclamación de asombro.

—Ah! señor, continuó el alemán, el cual viéndose escuchado se hacía cada vez más comunicativo, el gobierno, la política, es acá el terreno verdadera-

mente productivo. Los que, como Valduque, trabajan y economizan, son unos imbéciles; pero usted comprenderá que hay que saber hacer las cosas. Vea como; supongamos que se le ocurre á usted la idea del ferrocarril de Rosario á Córdoba (1); lo primero que tiene que hacer es procurar que algunas damas hermosas (en este país es el femenino un elemento favorable que no hay que descuidar) hablen del plan de usted en los salones. Usted redacta una memoria presentada al ministro de Guerra. Aquí, como en todas partes, los diferentes ministros se detestan y viven en perpétua disensión. El ministro de Guerra no tiene fondos de reserva; él pide á grandes gritos, naturalmente, armamentos, artillería, etc., y por consiguiente desecha su propuesta. Usted se vuelve, entonces, hacia el lado del ministro de Obras Públicas, á quien, conocedor como es usted del terreno y por conveniencia propia, usted no se dirigirá desde el primer momento. El ministro le concede audiencia, usted se extiende lar-

(1) Recordamos al lector, que la acción de este libro pasa entre los años 1850-1860.

gamente sobre la negativa de su colega é intercala en su relato algunos detalles que halaguen el amor propio del ministro á quien usted habla: Es menester, dice usted, ordenar trabajos preliminares, examen de los terrenos, sondajes, etc., antes de buscar accionistas y capitales para esta gran empresa. El ministro está vencido.

—¿Cuánto costará todo?

—Diez mil pesos, excelencia.

—Señor, le dirá á usted mirándole fijamente, eso será veinte mil pesos, y yo lo haré entrar en el presupuesto; ¿me ha comprendido?

Algunas semanas después presenta usted la cuenta voluminosa de un ingeniero, que tal vez no ha dejado su gabinete, pero á quien se hace figurar como habiendo pasado todo ese tiempo entre Rosario y Córdoba. La cuenta de los gastos llega á veinte mil pesos: el tesoro se los paga; usted remite diez mil á su excelencia, y... punto concluido.

Un sentimiento de desprecio dejó traslucir la fisonomía ordinariamente tranquila de sir Henry. Su interlocutor se dió cuenta de ello.

—No se indigne usted, milord, dijo sonriendo con aire fino; usted cree quizás á los hombres de este país peores que los europeos. Eso es injusto: los hombres son en todas partes los mismos; desgraciadamente el teatro es á veces pequeño y la mirada penetra hasta por entre los bastidores.

Después de esta cruda peroración, sacó el señorito los cigarros, ofreció uno á sir Henry, tomó otro para sí, lo puso en una boquilla de ámbar y lo encendió en un áscua.

En estas y otras conversaciones la noche tocó á su fin.

El alba, aclarando poco á poco las tinieblas del cielo, concluyó por disiparlas por completo. Un río de oro pareció inundar el Oriente y el sol se levantó del seno de ese océano de luz con su majestad incomparable. Sobre la superficie del desierto, algunos ligeros vapores que el día naciente atravesaba con sus rayos dorados, flotaban aún en el horizonte. Un abundante rocío humedecía todas las plantas y les daba por algunos instantes, bajo aquel clima ardoroso, el aspecto y la frescura que tienen los vegetales de los países

templados. Las anémonas rojas, los hermosos lirios blancos, la verbena lila, cubrían con sus flores extensas planicies y daban al campo los más variados y hermosos tintes.

De pie cerca del corral, sir Henry admiraba la naturaleza, mientras Pastor ensillaba los caballos. Poco á poco abandonaron la estancia los huéspedes de Martín Valduque. Sir Henry volvió á emprender su viaje con Pastor Quiroga. Las paradas del correo estaban todas en lugares poco más ó menos tan desiertos y tan áridos como los que ya hemos descrito, y, sin la inventiva del baqueano, sir Henry hubiera sufrido los rigores del hambre. Hacia la mitad del segundo día empezaron á encontrar de vez en cuando en su camino alguna chacra ó alguna pequeña finca cultivada, que venía á interrumpir aquella soledad. Vieron sembrados de maíz, trigo, tabaco, algodón, caña de azúcar, patatas y campos de sandías y melones. Muy cerca de las casas se elevaban encantadores bosquecillos de naranjos magníficos y de duraznos cargados de frutas, entremezclados con algunas her-

mosas palmeras. Las chacras cultivadas por europeos se distinguían por el orden y la simetría de sus cultivos, cosas que los gauchos desdeñaban ó ignoraban.

De trecho en trecho, un chirrido, casi diríamos melodioso, anunciaba la llegada de una alta carreta de inmensas ruedas. Seis ú ocho bueyes tiraban de aquellos vehículos primitivos, á cargo de mozos armados de una larga picana para agujonear al ganado. A menudo esas carretas, cuyos lados están formados de cañas atadas por tiras de cuero, no contenían más que leña y carbón, pero á menudo, también, servían de medio de transporte para toda una familia en viaje hacia la pequeña ciudad de Córdoba. Esas familias de mulatos ó de criollos sobresaltan todas por la elegancia del porte, la belleza plástica de los brazos, de las manos y de los pies, la nobleza de la cabeza y de los hombros. A veces, en la delantera de la carreta, unas jóvenes muy delgadas, pero preciosísimas, con sus pañuelo-rebozo alrededor del bello óvalo de su rostro, los brazos levantados en actitud de cariá-

tides, llevaban cántaros ó cestas llenas de frutas y de flores, ofrendas piadosas destinadas á los curas y á los altares. Gauchos elegantemente vestidos, con monturas ricamente adornadas de placas de plata labrada, pasaban al trote corto ó al sobrepaso, modo de caminar natural en algunos caballos del país. Sir Henry quedó impresionado por la seriedad llena de dignidad de sus fisonomías y por el aire de distinción propio de todos aquellos tipos de matices tan variados.

Por la tarde llegaron á Coronda, cuya blanca iglesia se destacaba entre el azul brillante del cielo. Esta ciudad tiene por puerto un lago majestuoso, unido al Paraná por un brazo de agua. Pastor condujo á sir Henry á la *Fonda Italiana*. Era una casa construída con rojos ladrillos, cuyo patio estaba sombreado por una parra magnífica. En la parte delantera del establecimiento había un pequeño almacén en el que se vendían zapatos, naranjas, ginebra, cerveza inglesa, frenos, riendas, pan criollo, tejidos de algodón, azúcar rubia del Brasil, orejones de durazno de Mendoza. Todas estas mercaderías,

amontonadas confusamente, producían un efecto pintoresco. La dueña del almacén era una mulata crespá con ojos de un negro azabache y tez verdosa. Tenía el cigarro en la boca, un chiquillo á horcajadas sobre la cadera y otros dos ó tres asidos á su falda. Servía caña á tres ó cuatro gauchos, los cuales, sentados sobre el mostrador y con las piernas caídas, jugaban á las cartas con el apasionamiento que aportan á todos los juegos.

La fonda hizo echar de menos á sir Henry las comidas del campo. Tuvo que conformarse para la cena con una sopa, porque el puchero lo habían acabado los viajeros que llegaron antes. El cocinero, un fornido mocetón mulato, tenía debajo del brazo su gallo de riña y declaró que por nada del mundo volvería á encender sus hornallas aquella noche, pues ya hacía tiempo que debía estar en el reñidero. Viéndolo tan decidido, sir Henry lo siguió, contentándose, á falta de cena, con presenciar aquella fiesta. El reñidero de gallos era una rotonda cubierta por un techo de cañas sostenido por unos cuantos postes. Los espectadores se

colocaban detras de la barandilla que cercaba el redondel y se estrujaban de lo lindo alrededor del reñidero. Los gallos iban armados con espolones de acero muy agudos, atados con ligas á sus patas. Cuando se anunciaban dos peleadores, igualmente valientes, se cruzaban apuestas en favor de uno y otro. Había gritos, silbidos y aplausos frenéticos. La indolencia criolla, tan completa en todo lo demás, parecía recibir allí el solo latigazo capaz de despertarla.

X Sir Henry, á pesar de ser inglés, detestaba semejantes diversiones, y se alejó seguido de Pastor, que le acompañaba fielmente. Al pasar por una calle algo apartada, vió sir Henry una puerta abierta; oyó el sonido de una flauta, el rasgueo de dos ó tres guitarras y á varias parejas bailar alegremente. Una amplia ventana con rejas de madera, abierta también, permitía ver en la pieza inmediata, colocado sobre una mesa, un pequeño ataúd forrado de terciopelo rosa. Un hermoso niño de un año, poco más ó menos, yacía en medio de azahares, de tuberosas, de jazmines del Cabo.

Unos cirios ardían alrededor y su oscilante llama iluminaba el cadáver, cuya sonrisa llevaba el sello de una paz que no es de esta existencia. Al lado de la mesa, vió sir Henry en la penumbra á una mujer arrodillada, cuya cabeza estaba hundida en los pliegues de su chal, levantado de tiempo en tiempo por la convulsión de los sollozos. Con la frente apoyada en la mano, era la imagen viviente del dolor mudo y resignado. Aquella escena irritó á sir Henry, y, alejándose del lugar, dijo á Pastor:

—Pero, ¿esa gente no tiene piedad ninguna? ¿Cómo pueden bailar en una casa en que hay un muerto? No piensan que esa pobre madre, aniquilada por el dolor, oye su música y el ruido de sus danzas?

—Señor, respondió Quiroga, asombradísimo por aquel ímpetu de indignación, justamente porque el niño ha muerto es por lo que se baila. Toda la familia, los parientes, los vecinos, los amigos, se alegran de que Dios haya retirado esta pequeña criatura de este mundo cuando aún era un angelito. En las grandes ciudades,

añadió, ya no se hace esto; pero en las pequeñas localidades y en la campaña, continúa esta costumbre.

A sir Henry le extrañó esta rara manera de celebrar un suceso triste. Persuadido, por lo demás, de que la discusión era inútil, nada replicó y cansado de su jornada, volvió á la fonda.

A la mañana siguiente, lo despertó el baqueano, muy de madrugada.

—Temo que venga la tormenta, dijo; pongámonos en viaje en seguida. He preguntado por el camino de la Estancia de Santa Rosa y espero que llegaremos á ella á eso del medio día.

Así lo hicieron.

Un viento abrasador, semejante al vaho que despiden un horno, parecía secar los árboles y las plantas.

Una especie de bruma roja envolvía el desierto. De trecho en trecho, se veían manadas de bueyes, caballos y novillos, que con la cabeza baja, inquietos y resoplando, dirigíanse hacia las líneas verdosas que marcan los bosques en el horizonte. Pastor lo hizo notar á sir Henry.

—Presienten la tormenta, díjole, y buscan un abrigo.

Los caballos de los dos viajeros, fatigados y rendidos, marchaban penosamente. El mismo sir Henry no se sentía bien; un aro de hierro oprímale las sienes y un peso enorme aplastaba su pecho. Pastor, impasible, consultaba el sol para orientarse en aquellas soledades en que se metía por vez primera. Gruesas iguanas, semejantes á pequeños caimanes, se arrastraban por el pasto. Quiroga llamó la atención de sir Henry sobre ellas, diciéndole:

—Otro signo precursor de la tormenta.

Bandadas de cotorras verdes, de hermosas palomitas llamadas de la *Virgen*, y de colibrís de colores de esmeralda y rubí, revoloteaban ansiosas, bajaban sobre las zarzas y luego, levantando nuevamente el vuelo, posábanse atolondradas sobre el lomo de los bueyes inmóviles, los cuales, con las narices pegadas á la tierra, parecían resignados á morir, antes de hacer el menor movimiento.

A veces las orillas arenosas de las lagunas y de los arroyos, barridas por el viento, se levantaban en nubes de polvo á través de las cuales el sol pa-

recta un disco rojizo. Pastor comenzó á entrar en cuidado. Los caballos se rehusaban á adelantar y luchaban penosamente contra la asfixia. La vista no alcanzaba á ver ningún lugar habitado.

—Hay que ganar el bosque, dijo el baqueano á sir Henry, y esperar allí el fin de la tormenta. Si acaba por un aguacero, siempre estaremos menos expuestos bajo los árboles que en el campo y el viento no nos maltratará tanto.

Así lo hicieron los dos viajeros. Bien pronto alcanzaron el borde de un bosque de algarrobos en el que se apearon. Un pasto fresco y fino rodeaba los árboles y largas ramíneas cubrían el suelo. Los caballos, desensillados y atados al lazo, pastaban indiferentes á la tormenta. El baqueano se alejó algunos pasos, husmeó en varias direcciones, yendo y viniendo con ansiedad visible.

—¿Qué hay, Pastor?

—Hay, replicó éste, que no hemos de estar muy lejos de los indios.

Sir Henry, no viendo alrededor suyo más que árboles y pasto, se pregun-

tó á sí mismo si Quiroga soñaría desierto; pero el guía mostróle en el suelo unos pequeños hoyos redondos, distantes pocos pasos uno de otro.

—He aquí, dijo, la huella de los piquetes que sirven á los indios para extender y secar los cueros de los animales que cazan. El pasto conserva aún su olor; ¿no lo siente usted? Vea, señor, continuó el baqueano dando algunos pasos adelante, éstos son los restos de un fuego; tenían una mujer con ellos: veo en la ceniza la impresión de un pié muy pequeño y algunos mechones de pelos de un *kiapi*. ¡Caramba! con tal que esos caballeros estén ya lejos y no les dé la idea de rehacer el camino!...

—En ese caso, nos defenderemos.

—Ah, señor, bien se ve que usted no conoce á los indios. Son peores que los moros. Mientras quede uno en este país, nadie podrá vivir en paz.

Quiroga hablaba aún, cuando se oyó un ligero ruido detrás de sir Henry. Al volverse éste, vió una mujer de treinta y seis á treinta y ocho años, de alta estatura y rostro bronceado. Sus rasgos regulares tenían una expresión

dura y preocupada. Algunas mechadas brillaban en medio de la espesa cabellera negra que le caía sobre los hombros. Estaba vestida con cuidado. Su camisa de percal blanco, bordada en las mangas y en las espaldas, estaba cubierta á medias por un chal á rayas brillantes; una pollera azul marino le llegaba hasta los pies. Su aparición fué tan inesperada que sir Henry se sobresaltó á pesar suyo. El baqueano la miraba con desconfianza altanera y sombría.

—Mujer, le dijo, ¿queda muy lejos de aquí la estancia de don Esteban González? Este caballero es esperado allá y el temor á la tormenta nos ha hecho tomar el camino del bosque.

—Yo me llamo Carmen, viuda del cacique Araya, dijo la india, con mezcla de tristeza y dignidad, y siendo así que yo pertenezco á don Esteban, me será fácil guiarnos hasta su casa... Solamente, añadí, tengo que alejarme un instante para buscar mi caballo que está pastando allí lejos.

—De ningún modo, gritó Quiroga, que parecía temer alguna maniobra páfida. Mi caballo es fuerte; mon-

tarás en ancas y de esta manera no perderemos tiempo. Si tu caballo pertenece á la estancia, hallará por sí solo la querencia.

Carmen hesitaba y parecía examinar con atención recogida la fisonomía del baqueano y de sir Henry. Al cabo de un momento, se decidió.

—Bueno, vamos! dijo, saltando con destreza sobre el caballo de Pastor, y desdeñando de asirse á la cintura de su compañero, dió á Quiroga las indicaciones más minuciosas para salir del bosque. Sir Henry seguía al paso, por ser los árboles bajos y muy tupidos. El camino que Carmen les hacía tomar parecía un laberinto y el baqueano, que no dispensaba á la viuda del cacique Araya más que una mediocre confianza, parecía estar muy preocupado.

Después de algunos instantes, el trueno retumbó con una fuerza extraordinaria y el suelo temblaba bajo los pies de los caballos. Al salir de la foresta, una vasta llanura, entrecortada por varios macizos de árboles, se extendía hasta el confín del horizonte. Carmen señaló á lo lejos un pun-

to blanco, visible solamente para ojos de gaucho y de indio.

—Aquella es Santa Rosa, dijo; para llegar, viniendo de Coronda, han dado ustedes un rodeo inmenso. Podían haber llegado en la mitad del tiempo.

Dicho esto se apeó ligeramente del caballo y, sin saludar á los dos viajeros, se volvió á la selva.

—¡Anda, bruja! murmuró Quiroga, apresurando el paso del caballo. ¿Estaremos ahora seguros de que no haya ido á llamar á los que deben perseguirnos?

Algunos momentos después comenzó á caer un gran aguacero con tanta abundancia y violencia como si las nubes fueran inmensas cataratas. A duras penas se veía la tierra que se pisaba.

Los caballos, con las orejas gachas, se habían detenido y esperaban pacientemente el momento de poder continuar su marcha.

Pastor, inquieto por la desaparición de Carmen, miraba hacia atrás á cada paso, tratando de cerciorarse, á través del tupido velo de la lluvia, de si alguien los perseguía. El turbión duró

próximamente una hora. El campo era una vasta superficie líquida en medio de la cual sobresalían los árboles y malezas en forma de islotes. Las lagunas y arroyuelos, súbitamente desbordados, aumentaban aquella inundación. Sin embargo, como la lluvia comenzó á disminuir y los caballos pudieron tomar el trote corto, al cabo de dos horas, poco más ó menos, llegaron los viajeros, penosamente, al término de su viaje y llamaron á la puerta de la Estancia de Santa Rosa.

Carmen pasó el aguacero agazapada bajo una tupida zarza. En cuanto se apaciguó el huracán, fué en busca de su caballo, que también se había refugiado en el bosque, y volvió á ponerse en camino con precaución. Los espesos y bajos matorrales la obligaron á apearse de su cabalgadura. En medio de aquella vegetación, que apenas si alcanzaba á más de diez ó doce pies, se elevaban árboles gigantescos, formando una segunda bóveda de verdor menos espesa que la primera, pero de un aspecto sombrío y majestuoso. Magníficas palmeras balanceaban al soplo del viento sus penachos de ra-

mas finas y abiertas. De vez en cuando el ruido de los pasos de Carmen, al aplastar el pasto y quebrar las ramas, hacía huir á alguna gacela espantada ó algún pájaro de color brillante que desaparecía en los aires lanzando gritos agudos, á los que otros mil gritos estridentes respondían como un eco. Luego todo volvía á quedar en silencio.

Se acercaba la noche cuando la viuda del cacique llegó á una encrucijada circular en que la vegetación era más rala. Una pequeña laguna, ordinariamente seca en verano, pero que el aguacero acababa de llenar, ocupaba el centro de dicha encrucijada. Carmen se detuvo, ató con el lazo su caballo á un matorral y, fatigada por su larga carrera, se sentó sobre la hierba. En el firmamento, de un azul sombrío, brillaban esplendentes estrellas. En los cañaverales que rodeaban el pequeño lago, miles de luciérnagas revoloteaban como otras tantas chispas vivientes. A veces se internaban, en grandes enjambres, en las profundidades del bosque, que parecía por un momento como inundado por una llu-

via de fuego; luego reuniéndose de nuevo en columnas cerradas, llevaban á otra parte los movibles resplandores de su fosforescencia.

Carmen prestaba poca atención á aquel fenómeno lumínico; con los codos sobre las rodillas y el rostro entre las manos, permanecía como sumida en un letargo sombrío. De repente levantó la cabeza para escuchar. Un europeo no habría oído más que los murmullos confusos de la floresta, los silbidos producidos por el viento y el ruido particular que hacen las palmeras al chocar entre sí sus ramas flexibles y sonoras. Carmen había sentido un ruido distinto entre aquellos sonidos tan poco perceptibles. Entreabrió los labios y, golpeándose la boca de una manera extraña, imitó el chillido de un ave nocturna, que fué contestado con otro, y algunos momentos después se presentó un hombre delante de ella. Carmen avanzó hacia él y le dijo:

—Hace mucho que te espero. No conozco este lugar; es la primera vez que vengo á él é ignoro por qué me has citado aquí y no á orillas del arroyo del Casero.

—Tengo mis razones para ello, contestó sentenciosamente el interlocutor de Carmen. Este era un anciano de elevada estatura; sus cabellos blancos caían á cada lado de su cara bronceada; sus ojos negros, llenos aún de fuego, brillaban bajo unas cejas canosas. Como indio de pura raza no tenía ni barba ni bigote. Aquel hombre era el brujo ó adivino de la tribu á la que pertenecía Carmen. Igual que todos sus colegas, ejercía de oráculo, sacerdote y médico. En calidad de tal, llevaba á la cintura un pequeño saco de cuero que contenía el botiquín obligado de un médico del desierto, una lanceta formada por una aguda y compacta espina de pescado, un pequeño cuchillo de hoja afiladísima y algunos puñados de hierbas secas, las que, masticadas por el brujo, eran aplicadas sobre las llagas y las heridas. Le seguía su caballo llevando la silla enfundada y adornada con barbillas de pluma de avestruz. Los estribos eran de plata así como los adornos de las riendas y, sin duda, procedían de algún pillaje. El brujo, apoyado en su lanza, arma inseparable

de los indios, miró un instante á la viuda del cacique, luego, tomándola de la mano, la llevó al pie de una palmera de doble cabeza que dominaba los árboles vecinos y le ordenó que se arrodillara. Carmen obedeció dócilmente. El brujo añadió:

—Aquí es donde nosotros le enterramos después de salvarle de manos de los españoles.

Carmen lanzó un grito doloroso.

—¡Aquí! grité, ¡aquí! ¡y yo no lo sabía! ¿Por qué me lo habéis ocultado?

—Porque el momento de hablar no había llegado aún, continuó el adivino. Araya, nuestro más grande jefe, descansa bajo esa palmera, que el Santo (Dios) nos ha dado como algo raro y precioso. Aquí mismo van á venir nuestros jefes para jurar vengar su muerte.

Carmen no le escuchaba. Prosterada sobre el sitio que acababa de designársele como la tumba de su marido, parecía estar completamente absorta en los recuerdos del pasado. Bien pronto algunos hombres salieron de la espesura y aparecieron en el claro.

Eran los cuatro caciques principales de la tribu de Carmen, Zuriquín, Bonifacio, Pepe y Cristóbal. Llevaban, como el brujo, vestiduras de colores vivos y las cabezas cubiertas de una manera extraordinaria, con una especie de bonetes formados por cabezas de leopardos, la mandíbula levantada sobre la frente, las orejas salidas de cada lado y cascos de forma antigua forrados con piel de *aguará*, animal parecido al lobo amarillo con crines negras erizadas en la parte superior de tan raro casquete. Sus fisonomías eran duras, sombrías, melancólicas, su actitud grave y digna. Habiéndose detenido á alguna distancia del brujo, los indios parecían esperar una invitación de su parte para avanzar; éste hizo señas de que se acercaran y dirigiéndose á la viuda, el más viejo de los jefes tomó la palabra.

—Escucha, Carmen, dijo, ya van catorce años que nuestro cacique general, tu marido, ha fallecido. Tienes dos hijos y el brujo nos asegura que los crías para que sean jefes un día y sucedan á su padre. En la próxima luna menguante, nosotros saldremos para

Córdoba, donde haremos un gran malón; volveremos con cautivos, hacienda, alhajas y botín de todo género. Trae á tus hijos.

Escuchando aquel discurso, Carmen parecía vacilar.

—Mis hijos, dijo al fin, no me seguirán. Se han aficionado á don Esteban y no piensan ya en el desierto. Amarga mi existencia el pensar que aquí serían jefes, libres y felices y que yo no puedo decidirles á volver á nuestra tribu; pero hay un medio, arrebatadlos. Una vez entre nosotros, quedarán; estoy seguro de ello.

Los caciques reflexionaron y al fin uno de ellos preguntó:

—¿Salen á menudo solos?

—Jamás. Acompañan siempre á don Esteban ó á Demetrio, el mayordomo.

—Entonces, será menester atacar la estancia. Y don Esteban, ¿tiene armas de fuego?

—Sí, dijo Carmen, pero habéis de jurarme que á don Esteban ni á sus hijas no les haréis ningún daño.

Los indios no contestaron, y Carmen insistió.

Juradme, dijo ella de nuevo, que

los respetaréis, pues don Esteban ha sido un padre para mí y para mis hijos.

—Nada podemos prometer, replicó Zuriquín. Si tenemos que atacar la estancia y se promueve un combate, ¿puede saberse lo que sucederá?

Carmen se sentía presa de una viva ansiedad. Uno de los caciques continuó sin cuidarse de ella.

—Quieres que arrebateemos á tus hijos... ¡Caramba! No es poca cosa lo que nos propones. Y por eso ¿qué nos darás?

Carmen se estremeció.

—Yo os daré, dijo, bastante oro para que cada uno de vosotros tenga estribos, riendas, cabestros, cinturones de cuero de potro con plata labrada y además pesos de reserva para comprar cuanta bebida blanca queráis.

Los caciques se echaron á reír.

—Nos tomas por zonzos, gritaron, ¿En dónde adquirirás todas esas riquezas?

—Ese es asunto mío, dijo Carmen con una especie de dignidad ofendida. Si no queréis, no hablemos más.

Los jefes dudaban.

—Convenimos, dijo uno de ellos, en que la víspera del día en que se ha de dar el asalto, nos traerás aquí mismo la plata prometida.

—Y ¿qué garantía me daréis vosotros? objetó Carmen, desconfiada á su vez.

—Nosotros te traeremos á nuestros hijos en rehenes y á la noche los llevarás á algún rancho dependiente de la estancia.

La viuda reflexionó un instante.

—Acepto, dijo. Dentro de quince días don Esteban debe ausentarse con sus hijas; el momento será favorable.

Durante esta conversación, encendió el adivino algunas velitas que sacó de su bolsa y las puso en el lugar designado á Carmen como tumba de Araya. Los caciques se acercaron y bajando la punta de sus lanzas hacia la tierra en que descansaba su jefe, renovaron el juramento de vengar su muerte.

La luna hacía reflejar en el pequeño y tranquilo lago, como si fuera un espejo, la sombra de la palmera de dos cabezas. Los jefes y el adivino se retiraron y Carmen quedó sola arrodillada cerca del montículo fúnebre, con la

frente entre sus manos, sobre las que caían los mechones de su espesa cabellera. Las lágrimas resbalaban silenciosamente sobre sus mejillas bronceadas y la expresión ordinariamente dura y sombría de sus rasgos, iluminada entonces por la luz azulada que caía de la bóveda celeste, había tomado un carácter insólito de sufrimiento dulce y resignado.

Cuando la marcha de la luna en el firmamento la advertí de que el alba estaba cerca, se levantó, tomó el camino que le hemos visto tomar al principio de la noche y antes que la aurora hubiese aparecido, se había deslizado sin ruido en el pequeño rancho en que vivía en la Estancia de Santa Rosa.



IV

Dos días antes de que llegara Sir Henry á la estancia, tuvieron don Esteban y sus hijas, una conversación muy interesante. El correo había llevado del Rosario un paquetito con dos estuches: contenían aros de perlas y esmeraldas y alfileres surtidos para prender los velos. Don Esteban tomó los estuches, leyó con atención la carta que llegó con las alhajas y fué en seguida en busca de sus hijas que estaban en el jardín, cercado como todos los del país, por paredes á cuyo

arrimo crecían miles de plantas trepadoras que las embellecían y alegraban, transformando la tierra y los ladrillos en un muro esmaltado lleno de gracia y de frescura. Allí crecía la madre selva de perfume penetrante, la pasiflora con sus bellas corolas estrelladas de un lila suave, jaspeado de blanco, convóluculos punzó con follaje delicado como una pluma, clemátidas blancas y rosas, cobeas violetas de reflejos purpurinos, glicinas cubiertas de racimos de flores de un azul pálido, asclepias con estrellas nacaradas, rosas de Banks de un rojo sombrío, el jazmín de Chile, y otras lianas encantadoras. En el centro del jardín un gran laurel protegía, con su verde ramaje, unos macizos de jazmines del Cabo y de camelias. En los ángulos había platabandas cuajadas de flores á las que mañana y noche acudían los brillantes é incansables colibrís á libar sus jugos perfumados. El susurro acelerado y alegre de estas hermosas joyas aladas acompañaba el canto de los *caseros*, cuyas jaulas, suspendidas de las ramas de los limoneros y laureles, parecían hacerles agradable el cautiverio.

Mercedes y Dolores, vestidas de muselina blanca, sentadas á la sombra, se ocupaban en bordar para su padre un hermoso recado en oro, plata y sedas, formando caprichosos arabescos de estilo oriental.

Mercedes, con el rostro apoyado en su mano delicada, contemplaba á Dolores ocupada en devanar madejas de tintes variados.

A la entrada del jardín, don Esteban se detuvo un instante y á la vista de aquellos rostros sonrientes y tranquilos, de aquellas flores, de aquellas avecillas, de aquellos bordados, cuadro acabado de una vida de niña libre de todo cuidado, sintió como una aguda punzada en su corazón. Su educación no le permitía detenerse á reflexionar sobre las impresiones que le afectaban momentáneamente sin que le inquietaran los recuerdos del pasado y sin sobresaltarse por temor al porvenir. Con la paciencia digna y fuerte, característica de los españoles, había sufrido las grandes pruebas de su vida, el destierro de su familia, su ruina pasajera, las persecuciones políticas, la muerte de su mujer; pero después de quin-

ce años de haberse retirada á sus heredades, Mercedes y Dolores habían llegado á ser, sin que él se diera cuenta de ello, su pensamiento y alegría de todos los instantes. La idea de vivir sin ellas no se le había ocurrido jamás. Conocía, no obstante, que su edad avanzada le imponía el deber de asegurarlas una posición y dejarlas colocadas, habiéndose fijado al efecto en los hijos de su amigo, los jóvenes criollos catalanes que habían pasado algunos días en la estancia.

En el momento de comunicar la noticia á Mercedes y á Dolores, un profundo suspiro se escapó, á pesar suyo, de su corazón oprimido. Las dos hermanas levantaron los ojos.

—¿Es usted, *tatita*? dijeron.

—Sí, hijas mías, tengo una nueva que darles, contestó, mostrando la carta y los estuches.

Las jóvenes hicieronle sentar á su lado y don Esteban, abriendo las cajitas, sacó de ellas las alhajas.

—¡Oh, exclamaron al mismo tiempo las dos hermanas, ¡qué hermosas son! ¡qué magníficas! ¿Es usted, *tatita*, quién nos regala esas lindas joyas?

—No palomitas mías, contestó el padre reprimiéndose, es mi antiguo amigo don Aniceto Cabral, del Rosario, quien se las ofrece.

Al oír este nombre, una nube pasó sobre la frente de Mercedes. Dolores, de una naturaleza más infantil, continuó admirándolas.

—Sí, dijo González, he aquí la carta que me escribe y que voy á leer.

La leyó, en efecto, con el detenimiento y énfasis habituales en las personas para quienes la lectura de un manuscrito es cosa inusitada ó poco menos. En ella, don Aniceto Cabral y Acosta, á nombre de sus hijos Caraculo y Ezequiel, pedía á don Esteban las manos de Mercedes y Dolores. Concluida la lectura, dobló don Esteban la carta gravemente y miró á las dos hermanas.

Mercedes, apoyada la mejilla en la mano, escuchaba con recogimiento; Dolores estaba distraída, deshojando una rosa. Nadie decía una palabra, hasta que don Esteban pareció enfadarse.

—¿Y bien? preguntó.

Mercedes se sobresaltó como si hu-

biese salido de un ensueño. Un suave rubor coloreó su rostro y fijando en su padre los ojos brillantes y húmedos:

—Yo no sé lo que piensa Dolores, dijo; en cuanto á mí, yo no tengo ninguna gana de casarme; yo quería habérselo ya dicho, papá, y me apresuro á aprovechar esta ocasión. . .

—¡Que yo deje á Mercedes! gritó Dolores casi llorando. ¡Que yo lo deje á usted *tatita!* ¿Y lo piensa usted? No, no, Mercedes tiene razón.

Y, cerrando vivamente los estuches, añadió:

—Devuelva usted estas alhajas á su antiguo amigo é infórmele de nuestra resolución.

El rostro de González denotó su asombro.

—¡Cómo! dijo, ¿este rechazo es definitivo? Reflexionad, hijas mías; los hijos de mi amigo Cabral son jóvenes bien educados, ricos é inteligentes, en una palabra, unos cumplidos caballeros. ¿Qué más podéis desear vosotras?

Mercedes, quizás, se hubiera sentido incapaz para exponer sus deseos en vista de la serie de ventajas y bellas cualidades expuestas por don Esteban

para hacer más eficaz la recomendación de los hijos de su amigo. Comprendía Mercedes que faltaba la principal, la sola necesaria, la simpatía mútua é irresistible que atrae dos corazones uno hacia otro; pero, criadas en el desierto y poco acostumbradas á meditar sobre el pro y el contra de los impulsos é inclinaciones, dijo franca y noblemente lo que sentía, repitiendo á su padre lo que ya había dicho; pero con tanta firmeza y acento tan serio y firme que no dejaban lugar á duda alguna sobre la inutilidad de toda discusión.

Retirése don Esteban á su aposento, reflexionó sobre la indicación de Dolores y la rotunda negativa de Mercedes, y decidió escribir á don Aniceto, diciéndole que las dos hermanas eran jóvenes, tímidas é irresolutas, que no se atrevían á tomar una resolución á cerca de un asunto tan grave como el del matrimonio; que ellas conocían aún muy poco á Caraciolo y á Ezequiel, y que sería mejor que repitiesen su visita á la estancia. Concluía rogando á don Aniceto que acompañara él mismo á sus hijos en su segunda

visita, para que pudiera expresarle verbalmente la satisfacción que tendría en la unión de ambas familias por aquellos enlaces.

Esta carta la cerraría algunos días después, pero una vez escrita recobró don Esteban su tranquilidad y libre de toda preocupación acudió solícito á recibir amablemente á sir Henry, cuando éste, acompañado de Pastor Quiroga llegó al día siguiente á la estancia de Santa Rosa, completamente mojado por efecto de la lluvia torrencial que había descargado sobre ellos.

Un buen fuego, ropa seca, un aposento espacioso y convenientemente amueblado, café y vino pusiéronse inmediatamente á su disposición.

El mayordomo Demetrio dispuso iguales atenciones á Pastor, quien una vez confortado, fué á la cocina, donde dijo muy afablemente á Eusebia que el *señor inglés*, á quien acababa de traer, siendo *gringo*, no podía vivir sin comer y que él se lo advertía para su gobierno. Eusebia contestó que bien sabía ella como había que tratar á los *gringos* á quienes no era la

primera vez que recibía y que en casa de don Esteban, su amo, nadie, jamás, pasó hambre. En apoyo de cuanto acababa de decir, puso á la vista del baqueano unas formidables raciones de puchero, asados, y lo que se llama en el país pastel ó empanadas, es decir una amalgama de pescado, huevos duros, aceitunas saladas, pollo, tomates, aceite, pimienta, hongos, hierbas de olor, envuelto todo en una pasta dulce cubierta de una capa de azúcar. Este plato, al cual sir Henry se acostumbró muy difícilmente, era uno de los más apreciados en el campo.

Desde el primer momento dispuso don Esteban á sir Henry toda la corteja imaginable. En la mañana siguiente de su llegada, hizo traer del campo doce de sus mejores caballos y rogó á su huésped que eligiera, dejándolos en el corral al cuidado de dos peones que recibieron orden de permanecer en las cercanías de la casa á disposición *del señor inglés*. José y Manuel le fueron presentados como dos jóvenes que habían criado en casa de don Esteban, encargados de ayudar

á su padre adoptivo en hacer á sir Henry los honores del país. El inglés admiró mucho á los dos hermanos, José sobre todo, cuyos rasgos griegos, la hermosa estatura, el aire distinguido, el cabello sedoso, la barba y el bigote poblados, denotaban la sangre criolla española mezclada con la sangre india. En la madre de ellos reconoció sir Henry á la india del bosque y no pudo por menos de comunicar á don Esteban las observaciones de Pastor Quiroga en cuanto al campamento de indios. González se encogió de hombros.

—Abrigo mis dudas, replicó, de que Carmen continúe en relación con su tribu; sus ausencias, siempre misteriosas, me lo hicieron creer. Sin embargo, hace ya unos quince años que vive con nosotros, y siempre vuelve fielmente á la casa, sin que jamás los de su raza nos hayan hecho daño alguno. A la estancia de Santa Rosa siempre la han respetado más los materos que á las otras.

En pocos días se familiarizó sir Henry con todos los habitantes de la estancia.

Llamábanle la atención la inteligencia de José, la dignidad de su carácter y los impulsos generosos de su corazón y, comprendiendo la amarga lucha que suscitaba en su interior el contraste entre sus sentimientos y su posición, se sintió atraído por aquel carácter franco, amable y valiente, cuyo apego á la vida civilizada veía Carmen con tétrica desconfianza.

Cierto día, que había sorprendido á José con un libro obsequio de sir Henry, le increpó vivamente, recordándole que era hijo de un jefe indio y que, por consiguiente, nada tenía que hacer con los libros que, á lo sumo, servían para los criollos ó para los *gringos*. José sonrió tristemente.

—*Mamita* Carmen, dijo, en mi posición, debo olvidar que he nacido hijo de un jefe; y usted no desperdicia ocasión de recordármelo!.. Por otra parte, continuó, don Esteban nos ha criado con la ternura de un padre y gracias á él nada nos ha faltado nunca.

Carmen iba á replicar, cuando la voz estridente de Eusebia, que reclamaba la ayuda de la india para coger naranjas, vino á interrumpir la con-

versación y á librar á José de las obsesiones maternas. Las reprímendas cesaban, para comenzar de nuevo tan pronto como era posible.

Sir Henry se hizo bien pronto odioso á Carmen por su insistencia en cultivar en José sus mejores gustos y esas mismas inclinaciones que ella desaprobaba tan enérgicamente. Manuel, dos años más joven y además más indolente y menos resuelto, respondía mejor á las exigencias de Carmen; pero repartiéndose entre su madre y su hermano, soportaba alternativamente la influencia del uno ó de la otra.

Mercedes y Dolores habían acogido á sir Henry con encantadora finura y con esa indefinible mezcla de gracia y de energía inherente á la raza andaluza. De vuelta de sus paseos con José, sir Henry hallaba en su aposento las flores más raras y las frutas más exquisitas.

El recado se reemplazó por un ancho cuadrado de paño azul con florones de oro, sujetado por una cincha igual, que las hábiles manos de las dos hermanas habían bordado á su gusto. Ha-

biendo alabado cierto día sir Henry el canto de los *caseros*, á la mañana siguiente halló dos en una jaula colgada de la baranda de su ventana y por la noche se apercibió de que dos pequeños huéspedes plumados faltaban en la prisión de verdor y de flores que Mercedes y Dolores les habían hecho en su jardín.

Sir Henry, por su parte, profesó desde luego á las dos hermanas un afecto paternal, secuela de esa admiración respetuosa y caballeresca que inspira á todo hombre bien nacido la belleza perfecta é inocente. En su presencia evitaba con cuidado en su lenguaje todo lo que pudiera ser para ellas una revelación, aún indirecta, del modo de exteriorizar los sentimientos en forma afectada y falaz, al que conduce la malicia y en el que degenera y viene á parar el exceso y abuso de la etiqueta y cortesía. Lamentaba que aquellas dos magníficas flores del desierto tuvieran que continuar viviendo en el medio ambiente en que se criaron.

Un día sir Henry dijo, involuntariamente, más de lo que quería. Un

álbum de diseños árabes hechos por él que trajo de España y su gran afición al dibujo, manifestaban el talento y las dotes artísticas que poseía, lo cual era tenido en la estancia por una especie de don maravilloso. Las dos hermanas no se cansaban de verle transformar instantáneamente una página blanca en un croquis que representaba la baranda, el algibe, el grupo de naranjos ó las palmeras del patio; á Ramona llenando una jarra al lado del pozo ó á Eusebia hilando en el umbral de su habitación... Para ellas eran aquellos dibujos como cosa de magia y pedían como una gracia especial se las dispensara el favor de hojear los álbums del viajero inglés. El de la Alhambra, sobre todo, donde no veían más que iglesias y capillas, les gustó infinitamente. Habiendo sir Henry escrito al pie de uno de aquellos dibujos algunas palabras tomadas de *El último de los Abencerrajes*, Mercedes le pidió que se las tradujera. El inglés contó en seguida, sin omitir ninguno de sus hermosos detalles, la admirable historia de doña Blanca y del moro Hassan. José y

Manuel, de pie contra los pilares de la baranda, escuchaban con todos sus sentidos.

—De modo, dijo Mercedes, con modesta gravedad, que doña Blanca juró no casarse nunca porque no podía tener por esposo á aquel á quien ella amaba?

—Sí, señorita.

—Yo pienso que obró bien.

Sir Henry mudó de conversación, temiendo haber ido demasiado lejos y eso le pesó, tanto más cuanto que dos ó tres días después, estando enseñando á Mercedes á injertar las rosas, vió llegar al jardín dos pequeñas gacelas, alegres y presturosas como niños detenidos á quienes se devuelve la libertad. Precipitáronse á los pies de la niña, quien lanzó un grito de sorpresa. Cada una de ellas llevaba á su cuello fino y gracioso un hermoso collar de cuero trenzado, adornado con rosetas de plata cincelada que sir Henry reconoció como de las riendas de José. Un rubor fugaz coloreó el rostro de Mercedes y un ligero temblor agitó sus manos. Sin embargo, se contuvo y llamando á Dolores, le

rogó que condujera las dos gacelas á su saloncito de trabajo.

Sir Henry se apercibió de todo y no pudo impedir que le dominara un vago presentimiento respecto del triste é incierto porvenir de aquella jovencita.

La carta de don Esteban González había salido hacia ya varios días y él esperaba recibir de un momento á otro la visita de su antiguo amigo y de sus dos hijos.

Esperando su llegada y á fin de distraer á sir Henry, organizó en el campo carreras, caza y excursiones de pesca. En una correría á uno de los puestos, se complació don Esteban en hacer brillar la destreza de sus peones en el manejo del lazo.

—Señor, dijo á sir Henry señalándole un potrillo que huía rápido como el viento á través de los llanos, ¿ á qué pata quiere usted que se le enlace?

—A la derecha delantera, contestó sir Henry con una sonrisa incrédula.

La orden fué transmitida á un peón á caballo quien se lanzó en persecución del fugitivo y arrojando su lazo con una habilidad asombrosa, le en-

lazó por la pata designada. Este juego, renovado en varios miembros del animal, el cuello, la cabeza, el anca, á derecha é izquierda, atrás y adelante, probó á sir Henry que el acaso nada tenía que ver en el feliz acierto de esos ejercicios, sino que tales resultados se debían á la ligereza de los movimientos combinada con la exactitud del golpe de vista.

José y Manuel desplegaban en aquellas pruebas toda la destreza y la agilidad que la sangre india añade á la sangre criolla.

Los días pasaban, para sir Henry, con excesiva rapidez.

A menudo, por la noche, los peones bailaban el pericón, mientras Manuel y Demetrio tocaban con mucho brío la guitarra, acompañados por un par de castañetas que dos muchachos repiqueaban cadenciosamente.

Los bailarines se colocaban en círculo agarrados de la mano, en rededor de un tercio de cuero, de los que están siempre bien repletos con la yerba del Paraguay y que al secarse conservan la forma redonda semejante á un cajón completamente destapa-

do por un solo lado. La danza empieza primeramente grave y lenta; los bailarines se limitan á dar vueltas llevando con los pies el compás; pero de repente el tercio parece moverse solo, entonces aceleran el paso y las guitarras y las castañetas tocan con aire más vivo y apresurado.

De pronto recibe el tercio desde su interior una vigorosa sacudida y sale de él un muchachuelo que da vueltas entre el corro buscando siempre el tercio por encima de las manos de los danzantes, hasta que se vuelve á meter dentro de él para salir nuevamente, demostrando así su agilidad, siendo llevado por fin en andas por la concurrencia.

A menudo salía sir Henry solo, á pie, con el fusil á la espalda. A un cuarto de legua apenas de Santa Rosa, las martinetas y las perdices huían ya delante de él y veía, no muy lejos, entre los altos pastizales, las cabezas de los gamos y de los ciervos que le miraban con recelosa prevención.

Eusebia aderezaba lo mejor que podía las piezas cobradas por sir Henry en sus correrías cinegéticas.

También se ocupaba en sus paseos de enriquecer su magnífico herbario, procedente de las orillas del Jordán y completado en las del Paraná.

Estando de exploración una tarde, recordó el viajero inglés haber visto cerca del bosque una planta que faltaba en su colección y se dirigió por aquel lado. De flor en flor y de mata en mata, llegó á la orilla de un bosque en el que creyó reconocer aquel en el cual encontró á Carmen de una manera tan extraña.

Detrás de los primeros árboles había una inmensa madriguera de vizcachas la que denunciaban sus montículos de tierra amarilla coronada de matas de hierba seca.

El sol estaba aún alto en el horizonte y el calor era asfixiante. Sir Henry vió detrás de un grueso árbol un lugar cubierto por espeso pasto y se tendió para descansar unos instantes; á poco le dominó el sueño y se durmió profundamente. Cuando despertó, la noche tendía ya su manto; pero el firmamento estaba tan diáfano que podían distinguirse los objetos con la luz de las estrellas.

Sir Henry se disponía á levantarse, cuando oyó cerca de él la voz de Carmen y la de José. Estaban al lado de la cueva y sir Henry no perdió ni una sola de sus palabras.

—*Mamita* Carmen, decíale José con voz casi suplicante, se lo ruego, no oculte eso á don Esteban, vaya y dígaselo todo.

—¿Yo? gritó Carmen casi con cólera, ¿y por qué?

—Porque guardar las cosas que no nos pertenecen es robar.

—¿Robar? replicó Carmen, largando una estrepitosa carcajada. ¿Tú llamas á eso robar? ¿No nos han quitado todo los españoles, tierra, caballos, haciendas? ¿No nos han echado constantemente hacia el Norte, en el Gran Chaco? Y cuando volvemos á tomar lo que nos pertenecía primitivamente, ¿se nos trata de ladrones!

—Pero, madre, replicó José, esas riquezas, ¿las ha amontonado usted? ¿Las ha adquirido por su trabajo? ¿Qué derechos tiene usted á ellas? Ninguno, me parece; y en pago de todas las bondades que don Esteban nos viene dispensando quince años ha,

quiere usted privarle de sus bienes! No, no, *mamita*, continuó con voz más dulce, usted no hará eso. Irá usted misma á decir á don Esteban que puede usted indicarle el escondrijo de los tesoros de Santa Rosa.

Hubo un momento de silencio; Carmen no contestaba.

—*Mamita*, continuó José, usted no me ha contado como ha descubierto el cofre de los tíos de don Esteban.

Carmen contestó de mal humor y como si la molestara.

—Una noche muy clara volvía yo del bosque. Ví una vizcacha que ahondaba su cueva y arrojaba la tierra á fuera; algo brillaba en medio de la arcilla; me bajé, ví un peso, luego dos, luego una onza de oro. A la mañana siguiente volví con una barra de hierro; y allá, en medio de la cueva, donde el pasto está algo amarillento y la tierra removida, descubrí un gran cofre de hierro y muchos tercios cosidos fuertemente.

—¿Y no ha dicho usted nada? gritó José.

—Tenía mis razones para callar, respondió Carmen secamente.

—Suplico á usted, madre, no me obligue á que vaya yo por usted á don Esteban..., repitió José con voz firme y cariñosa.

Los dos interlocutores se alejaron y sir Henry no oyó más que un murmullo confuso de voces, en que el nombre de González sonaba á menudo. Cuando le pareció que José y Carmen se habían alejado suficientemente, tomó el camino de Santa Rosa, ansioso de ver cuáles serían las consecuencias de aquellos sucesos extraordinarios.

A la mañana siguiente fué José á llamar á su puerta muy temprano.

—¿Ha visto usted á mi madre, señor? preguntó con inquietud. Anoche no ha estado en su habitación y *mami* Carmen no está ya en la estancia. Acabo de venir del corral; Palomo y Corazón, dos de los mejores caballos faltan... No sé qué pensar de todo esto; temo alguna desgracia, señor. ¿Quisiera usted acompañarme á lo de don Esteban? Tengo algo importante que revelarle.

Sir Henry lo siguió apresuradamente. Don Esteban acababa de levantar-

se; tomaba mate con toda la gravedad despreocupada que las gentes del país ponen en esa operación y Mercedes, sentada al lado de un brasero de barro cocido sobre el que estaba depositada una pequeña pava de plata, preparaba la bebida nacional. Dolores, bajo la baranda, ocupábase del desayuno de las gacelas y de los pajaritos. Llegado á presencia de don Esteban, José le hizo el relato de lo que había pasado la víspera entre él y Carmen. Don Esteban escuchaba con atención solemne. Mercedes se volvía de vez en cuando hacia José y sir Henry creyó distinguir en su mirada una especie de admiración muda y orgullosa á la vez.

Por la tarde don Esteban, José, sir Henry, Mercedes, Dolores, Demetrio, el mayordomo y algunos capataces, se dirigieron á la cueva de las vizcachas. Cavando en el lugar indicado, se encontró bien pronto el cofre de hierro y los pesados tesoros que fueron cargados sobre una carreta. El cofre contenía todo el servicio de plata de que se componía antiguamente el menaje de una casa rica en la confederación argentina, á saber: un caldero y ollas

de plata para la cocina, platos, vajilla, copas, vasijas, jarras del mismo metal, así como candeleros, candelabros, lámparas, etc. Un viejo centro de mesa que representaba un pavo real, cuya cola se abría en abanico y estaba incrustada de lapizlázuli, topacios y amatistas. Había también una pequeña capilla de un pie de alto, poco más ó menos, toda labrada, con imágenes de *Nuestra Señora* y el *Niño*, en marfil cubierto de oro. La corona de la Virgen era de diamantes y á sus pies brillaba un jardincito de pequeñas plantas de filigranas de oro cuyas flores eran de perlas y de calcedonias.

Todas estas riquezas se hallaban en el gran cofre de hierro. José arrojó una mirada inquieta sobre los tercios. Parecían estar intactos: uno solo, cuyo cuero estaba rajado por la humedad del terreno, dejaba escapar algunos pesos, de donde habrían salido aquellos que la vizcacha había arrojado afuera trabajando su cueva.

La sospecha que había cruzado un breve instante la mente del joven al recapacitar sobre el misterio en que Carmen había envuelto su descubri-

miento, cesó en cuanto quedó asegurado de que muy poca cosa, en realidad, parecía faltar á aquellas riquezas tanto tiempo ocultas. Ignoraba que la víspera del día en que había sorprendido á Carmen escarbando en la cueva, ésta había retirado ya una bolsa llena de onzas de oro y la había ocultado en el claro del bosque de Tacurú, la cual contenía más de lo necesario para saciar la codicia de los caciques y decidirlos á llevar á cabo el ataque á la Estancia de Santa Rosa.



V

En el mismo momento en que se detenía á la puerta de la estancia la carreta portadora del tesoro, rodeada de don Esteban y familia, llegaron también don Aniceto Cabral y sus hijos. A su vista, Mercedes se puso palidísima, Dolores sonrió y se ruborizó y una nube sombría pasó sobre la frente de José. Sir Henry penetró con una mirada el misterio que se encerraba en aquella escena. Los dos Cabral se inclinaron respetuosamente ante las niñas, mientras don Aniceto

les besaba la mano. González, después de los primeros cumplidos de la bienvenida, relató brevemente á su amigo el descubrimiento que acababa de hacer de los tesoros ya legendarios de Santa Rosa y rindiendo homenaje al leal afecto de José, se volvió para presentarle á don Aniceto; pero el joven había desaparecido.

Aquel día, por la tarde, don Esteban llamó á su habitación á José y le entregó un sobre cerrado.

—Gracias á tí, le dijo, he recuperado la fortuna de mis tíos y he decidido que tengas la parte que te mereces. Esto, dijo mostrándole el papel, es una donación en forma que yo te hago de mi estancia de Romero, perfectamente situada, rica en buenos pastos, agua, parajes sombreados y tiene ya de cinco á seis mil cabezas de ganado. La habitación está en buen estado; durante otros cinco años, yo me encargo de pagar peones y capataces y al cabo de unos diez ó quince años, serás uno de los estancieros más ricos del país.

José sorprendido, inmóvil, no dijo ni una palabra, hasta que se arrojó á

los pies de don Esteban besándole la mano.

—¡Señor, padre mío! gritó con voz ahogada, guárdese usted sus riquezas y déjeme á su lado!

Don Esteban quedó conmovido.

—Hijo mío, contestó, regalándote Romero, yo no pretendo separarte de mí y mucho menos, añadió con triste sonrisa, ahora, cuando dentro de poco estaré probablemente solo en Santa Rosa.

Esta alusión, que José comprendió, y que le atravesó el corazón como aguda lima de acero, acabó de quebrantarlo. Apoyó su frente cubierta de sudor frío sobre la mano de don Esteban.

—¡Gracias, gracias, señor! dijo con esfuerzo, que Dios os pague todas vuestras bondades.

Y salió del aposento.

Don Esteban lo llamó de nuevo.

—José, le dijo. Al no haber llegado don Aniceto, nosotros habríamos partido ya para Santa Fe, donde el gobernador da un baile. Pensamos ponernos en camino mañana muy de madrugada para evitar el calor, ¿vendrás con nosotros?

—No, señor, respondió José, quien sentía una gran necesidad de aislamiento. Demetrio tiene á su hermano enfermo en Coronda; desea ir á verle y me ha pedido que lo reemplace.

González pareció contrariado.

—Quería presentarte al gobernador, dijo. En fin, ésto será en otra ocasión.

La tarde pasó tranquilamente. Reunidos todos en el gran salón de la estancia, se hablaba de caballos y de política. Sobre la mesa de mármol blanco que ocupaba el centro de la pieza, había colocado Eusebia un sahumador de plata en el que se quemaba un pequeño palo de resina olorosa del Perú. Las puertas que daban al patio estaban abiertas. A través de la nube perfumada que llenaba la sala, sir Henry podía observar, bajo la baranda opuesta, á las dos hermanas en su saloncito.

El aposento de las niñas estaba iluminado por una lámpara de vidrio de color, colgada del techo. Mercedes y Dolores se probaban sus vestidos de baile que habían de lucir en la fiesta del gobernador. Eran de gasa blanca con viso de satín del mismo color.

Mercedes había ideado el tocado que pensaba ponerse al día siguiente: era un magnífico aderezo de perlas finas, rodeado en sus gruesas y relucientes trenzas negras y colocado en forma de diadema sobre su frente. También estaba discutiendo de que manera peinaria la hermosa cabellera de Dolores que estaba sentada delante de ella en una sillita.

Mercedes, doblada sobre su hermana, tenía un aire triste y fatigado que contrastaba con aquellos preparativos de fiesta. En la sombra de los pilares de la baranda, sir Henry creyó distinguir á José, de pie, con la cabeza inclinada, los ojos clavados en Mercedes, cuyos movimientos seguía abstraído y melancólico, como dando un sentido adiós.

En el salón, don Esteban refería á su amigo como su caballo Corazón le había salvado la vida en tiempo de revolución, franqueando siempre al galope, en una sola noche, las cuarenta y cinco leguas que separan al Rosario de Santa Fe.

—Semejantes caballos, añadió, son muy raros; sin embargo, tengo ahora

uno que no le vá en zaga á Corazón.

Hablaba aún, cuando un largo relincho resonó cerca de la estancia. Todo el mundo escuchó; un segundo relincho se hizo oír; José atravesó rápidamente el patio.

—Es Palomo, gritó don Esteban; lo reconozco.

Corrió hacia la puerta de entrada, todos lo siguieron. Palomo se había desplomado cerca del umbral. Parecía estar sin aliento y como espantado. Eusebia, con una luz en la mano, examinábale con mucha atención. Don Esteban, del que Palomo era el caballo favorito, no comprendía lo que había pasado; le hablaba, le acariciaba; el animal no se levantaba. Pasándole la mano alrededor del cuello, sintió algo duro colgado á su crin. Era un trozo de corteza de árbol sobre el que alguien, con la punta de un cuchillo, había escrito: *Cuidado, Santa Rosa.*

—Es una advertencia dada por un amigo desconocido, dijo sir Henry, pienso que sería prudente tomar alguna medida de defensa.

El capataz y los peones, reunidos cerca de la puerta, estaban amedrenta-

dos; las criadas, que llegaron también, empezaron á lanzar gritos de terror. Don Esteban parecía tranquilo, pero indeciso; José presa de una desesperación sombría y reservada, los Cabral afectando indiferencia. Todos se dirigieron á sir Henry.

—Señor, aconséjenos usted; ¿qué tenemos que hacer?

Sir Henry comenzó por meter en el tercer patio á las mulatas y negras, imponiéndolas severamente el silencio; después reunió todas las armas de la casa, las cargó con cuidado y enseñó á dos mocetones á hacer cartuchos.

A la media noche, poco más ó menos, dejó cerrada la puerta sólo con el picaporte.

Se sacó de la cochera, para ponerlo atravesado detrás de la puerta, al antiguo y pesado coche que debía conducir á don Esteban y á su familia al baile. Entre las ruedas, hizo colocar sir Henry viejas barricas llenas de cascotes y de otros materiales inservibles. Concluidos estos preparativos, sir Henry dispuso á su gente detrás de aquella barricada improvisada; las ventanas y los postigos se cerraron

herméticamente y se apagaron las luces, excepto la de la capilla.

Subió entonces á la azotea y tendió la vista por el espacio. La luna había salido; su claridad blanca, luminosa, transparente, permitía ver á lo lejos. La llanura parecía solitaria y silenciosa.

Así pasó una media hora. Por fin sir Henry divisó algunos puntos negros que se movían en las líneas vaporosas del horizonte; luego, rapidísimamente, los puntos se agrandaron, se acercaron; distinguió caballos, hombres, lanzas... No cabía ya duda, ¡eran los indios! Serían, en aquel momento, las dos de la madrugada. La claridad de la luna y la vibrante luz de las estrellas permitieron á sir Henry ver á los hijos del desierto, montados en sus flacos y veloces caballos, con las crines erizadas con fragmentos de huesos, que los golpean á medida que marchan y aceleran todos sus movimientos. Eran unos treinta, pocos más ó menos. Armados de lanzas y boleadoras, tenían el aspecto siniestro y feroz de las hordas indisciplinadas.

Se detuvieron breve rato á un tiro de fusil de la estancia y se consultaron entre sí. Algunos se apearon, abrieron muy quedito las puertas de los ranchos dependientes de Santa Rosa y se alegraron de hallarlos vacíos; pero una voz, que sir Henry creyó haber oído ya, hizoles presente que nada de extraño había en ello, estando el amo ausente. Los mismos hombres dieron una vuelta al rededor de la casa, que parecía estar sepultada en la sombra y en el silencio. Una vez practicados todos esos reconocimientos, los vió sir Henry avanzar hacia la entrada principal.

En aquel momento una figura se destacó de las filas y se adelantó á los demás. Sir Henry creyó reconocer en ella á Carmen, pero esa suposición le pareció tan odiosa que se esforzó en rechazarla. En seguida se retiró de la azotea y bajó al patio donde vió á su pequeño ejército en buen orden ocupando cada cual su lugar; el se colocó al lado de José, cuyo abatimiento le llamó la atención. Sir Henry debía ordenar el fuego. El silencio era absoluto. De afuera no se oía más que el

ruido sordo de los pasos de los caballos de los indios que marchaban sobre el pasto. Por fin franquearon la puerta que, por estar solo con el picaporte, se abrió fácil y ruidosamente y en el acto se precipitaron simultáneamente por la alameda, sin darse cuenta de los obstáculos que obstruían la entrada del patio. Sir Henry levantó la mano; era la señal convenida para romper el fuego. Una descarga cerrada y casi á quemarropa introdujo el desorden en la tropa asaltante; dos ó tres cayeron de sus monturas gravemente heridos, algunos caballos se desplomaron. Los indios llevaron sus heridos y, furiosos, desesperados, dando grandes alaridos, volvieron sobre la barricada que intentaban tomar. Aprovechando el momento en que se replegaban, sir Henry había mandado cargar nuevamente las carabinas; él mismo armaba su revólver y preparábase á tirar, cuando José le detuvo el brazo:

—¡Mi madre!... gritó con acento desgarrador.

Sir Henry, en efecto, vió entonces á Carmen, una pica en la mano, como una pantera herida, esforzarse por es-

calar la barricada. Ya estaba para llegar frente á frente con su hijo, cuando éste lanzó un débil grito y se dobló sobre sí mismo.

Una flecha lanzada por mano invisible le había penetrado en el pecho, cerca del corazón. Sir Henry lo llevó en sus brazos y lo depositó en el umbral de la capilla de Santa Rosa, donde Mercedes y Dolores estaban refugiadas como en un asilo inviolable.

Viendo que José se debilitaba rápidamente, sir Henry llamó á Mercedes.

—Venga pronto, le dijo.

La joven, ataviada aún con su vestido de baile, porque su terror no le permitió pensar en nada, se adelantó hacia la puerta de la capilla. Al ver á José agonizando, no profirió ningún grito, pero, acongojada, se arrodilló cerca de él, asiéndole de la mano. Los ojos del moribundo iban alternativamente de Mercedes al grupo de los combatientes, en el que los Cabral se defendían con coraje y sangre fría. Mercedes comprendió aquella lucha silenciosa, é inclinándose hacia el joven:

—José, le dijo en voz baja, pero

firme, yo no perteneceré nunca más que á Dios.

Una expresión de feliz serenidad tomó el lugar de la agitación que habían contraído los rasgos del moribundo. Sus labios se movieron como si hubiese querido hablar; pero no pudo articular ningún sonido y Mercedes vió una serena y última sonrisa alegrar su rostro... Se quitó el chal de seda blanca, lo tendió sobre el cuerpo frío é inanimado del joven; volvió á la capilla, se arrodilló delante del viejo crucifijo que estaba en el altar y quedó inmóvil y absorta en dolorosa meditación. La lámpara de la capilla iluminaba de lleno su hermoso rostro, encima del cual brillaba aún la diadema de perlas que se había puesto unas horas antes. Dolores lloraba silenciosamente en un rincón, pero su hermana parecía no verla. Sir Henry no osaba hablar y con el corazón oprimido volvió hacia la barricada.

Los indios, desanimados por la manera con que habían sido recibidos, espantados por los efectos mortíferos de las armas de fuego, que tanto temían, habían concluido por alejar-

se. Sir Henry quería perseguirlos; pero don Esteban se opuso á ello.

—En campo raso, dijo, ó en los bosques, podrían tomar su desquite. Por lo demás, nuestro triunfo es completo y le aseguro que no volverán en mucho tiempo.

Preocupado don Esteban con las peripecias de la defensa, no había visto caer á José. Al saber su muerte, abundantes lágrimas cayeron por sus mejillas. Sentía instintivamente que este fin trágico y prematuro amargaría el resto de su existencia. El dolor de Mercedes, profundo y reservado como lo había sido su afecto, pero en el que se había podido percibir el duelo de toda una vida, fué para don Esteban una penosa revelación. No obstante, respetando el velo de piadosa serenidad y de dulce tristeza en el que su hija envolvía su pena silenciosa, no le habló nunca de José.

Muy poco tiempo después, sir Henry recibió una carta que le llamaba á Londres. Con verdadero pesar se separó de sus amigos de Santa Rosa, en cuya compañía había desaparecido, al menos por algún tiempo, su melanco-

lía y de cuyas penas y alegrías había participado.

Don Esteban González le escribió unos meses después de su partida. Decíale que no se tenía noticia alguna de Carmen ni de su hijo Manuel. No se dudaba que había sido este último quien, arrastrado por su madre y arrepintiéndose acaso de su debilidad, había enviado á Palomo á la estancia con la palabra de alerta que los había salvado; mas, cosa extraña, ni los indios mansos ni los del Chaco podían dar noticias de Carmen ni de Manuel. El parecer de Eusebia era que el demonio se los había llevado en castigo de su ingratitud.

Acerca del fin trágico de José, diferían también las opiniones. Algunos pensaban que los caciques, temiendo en el fondo el ascendiente de un jefe joven, instruído é inteligente, habían aprovechado el tumulto del ataque para herirle á traición. Otros creían que José, colocado en la más cruel de las alternativas, se había él mismo dado la muerte.

Don Esteban añadía que Mercedes le había manifestado formalmente su

intención de permanecer con él y que Dolores decía que jamás dejaría á su hermana.

Diez años después de los acontecimientos que acabamos de relatar, un amigo de sir Henry, teniente en la marina real, se encontraba con la fragata de guerra de Su Majestad, la *Oberón*, en las aguas del río Paraná. Cierta día halló en su cartera una carta en la que ya no pensaba y que sir Henry le había dado para sus antiguos amigos del desierto. El oficial tomó al instante su resolución; pidió caballos y un guía y salió para Santa Rosa. Llegó á la puesta del sol. A la puerta de la casa halló á un anciano ciego, sentado en un sillón entre dos personas jóvenes aún y de notable belleza, las cuales vestían el hábito de religiosas profesas, habiendo hecho todos los votos, salvo el de clausura, cuya circunstancia permite á las profesas el quedar con sus familias. Sobre sus hábitos de merino blanco descendía por delante una ancha faja de tafetán negro que formaba una cruz sobre el pecho. Un peto de batista plegado rodeaba el óvalo perfecto de su rostro y un largo ve-

lo de muselina blanca, cubierto de crespón negro, encuadrando su frente, descendía hasta el borde de sus ropas largas y caídas. Aquella severa vestimenta, no destituida de gracia y de poesía, daba un nuevo encanto á las dos hermanas que aún se encontraban en el apogeo de su belleza.

Al extranjero se le recibió como en otro tiempo á sir Henry. Don Esteban le hizo mil preguntas sobre su amigo de antaño y sonreía pensando que no había olvidado á Santa Rosa ni á sus habitantes.

En el desierto, las costumbres no cambian. El oficial de marina halló las cosas exactamente como sir Henry se las había descrito: las flores, lasavecillas, los bordados, el jardín, á Eusebia diez años más vieja, es verdad y muy parecida á una momia ambulante, pero llena aún de actividad é iniciativa; solamente faltaban las gacelas, y el oficial iba á pedir nuevas de ellas, cuando al pasar frente á la capilla, cuya puerta estaba abierta, entró y vió depositado sobre la primera grada del altar, un pequeño collar de cuero trenzado guarnecido de rosetas

de plata cincelada. Aquel recuerdo, que Mercedes había confiado á un asilo inviolable como la fidelidad de su afecto, le recordó lo que sir Henry le había referido, y calló, sabiendo que, sobre todo en la vida de las mujeres, los recuerdos que más las embargan son aquellos de los que menos hablan y de los que nunca hay que hablarles. Sin embargo, no podía dejar de deplorar la vida solitaria de las dos hermanas; y cierto día, que hacía alusión á eso en presencia de ellas, Mercedes respondió con sencillez:

—Tuve que sufrir, siendo muy joven, una gran prueba. Me resigné, porque Dios lo quiso así. ¿Por qué he de tener otra voluntad distinta de la suya?

FIN

INDICE

INDICE



	Páginas
Al lector.....	9
La Estancia de Santa Rosa	15
I.....	17
II.....	31
III.....	55
IV.....	95
V.....	121

Impreso en los
Talleres de la Biblioteca
en Junio de 1914

BIBLIOTECA SELECTA AMERICANA

Calle Demaría 4458, Buenos Aires.

\$ 1.- m/n el tomo

OBRAS PUBLICADAS

- * Relatos Breves por *Pedro Ribero*
- * Alma mía „ *Luis Fernán*
- * Cuentos Escogidos „ *A. P. Nieoa*
- La Estancia de Santa Rosa — (Novela). „ *Mme L. Beck-Bernard*
- Solar Guarani — (Poesías) „ *J.L. Fernandez de la Puente*
- Las Vértebras de Pan — (Cuentos). „ *Eloy Farfán Nuñez*

Las obras marcadas con un * están agotadas.

PROXIMAMENTE

- El Pensador por *Pedro Sonderegger*

NOTA. — Para los pedidos de Libros de esta Biblioteca, deberán dirigirse los señores libreros á la "NUEVA LIBRERIA EUROPEA" de los Sres. ARNOLDO BERN y Hno., Calle FLORIDA, 323, Buenos Aires.

Tigre 28
estancia 31
indios 34. 37. 41. 44. abipona 67. 81. 88. 104.
(123 meses de las
carnes)
tesoros 36-114.
parto. superstic. 38
caqueanos 56. 63.
fauna - flora 57. 61. 78. 86. 96.
correo a la posta 58. 64. 72
contradicciones 67
cama 70
bolos, accionarios 67. 73
reñidero 76
pelorio del angelito 77
tormenta 78
"caseros" 107
para de plata 117